

CUENTOS DE CINE

TALES OF CINEMA



Cenizas en el cerebro y el diablo en la sangre

White Lightnin' (p. 218), por Mariana Enriquez

Tengo una radio en la nuca que no se apaga jamás. A veces tiene el volumen muy bajo, eso sí, pero igual yo puedo escucharla: suena como el vacío, como cuando se tira una botella a un pozo profundo y no llega a los oídos el estallido final o el ruido del impacto en el agua y uno se queda esperando alguna conclusión. Cuando el volumen está a una altura razonable escucho "Cindy Cindy", la canción que solía bailar mi padre —mi padre era bailarín montañés, un rey de los Apalaches pero un día le pasó algo y dejó de bailar (le pasó algo muy tarde, por la noche, cuando volvía de un bar). Yo empecé a bailar poco después.

Pero me desconcentro. La música en la radio de mi cabeza, entonces. Cuando deja de ser "Cindy Cindy" (*Get along home, Cindy-Cindy! I'll marry you sometime*) es Hasil Adkins. Durante mucho tiempo me pregunté por qué suena Hasil y no otro, y debe ser porque era mi vecino aquí en West Virginia, y grababa sus discos encerrado en una cabaña que quedaba no muy lejos de la de mi familia. En el resto del país no es famoso, pero en nuestro Estado la gente escucha los discos de Hasil y cuando todavía tocaba, lo iba a ver a los bares. ¡Hasil era importante! ¡Le mandaba cada uno de sus discos al presidente, cada uno de los que terminaba! No creo que algún presidente los haya escuchado; no creo que a los presidentes les guste el rockabilly ni les interese lo que pasa en Boone County o en Madison o en cualquiera de nuestros pueblos de West Virginia. De cualquier manera, no creo que la radio haya em-

pezado a transmitir a Hasil solamente porque fue mi vecino. Las canciones empezaron a sonar en la clínica. Estuve en penales y en manicomios antes de cumplir los 18 años y bastante después de cumplidos también. De chico las cosas no me salían del todo bien. Mi papá bailaba por ahí, a veces hacía cinco o seis shows por noche, y yo me quedaba en casa oliendo combustible para encendedores y terminaba tatuándome una cruz en el brazo. Me tatuaba para sentir como cedía la carne, sobre todo. Cuando la sangre brotaba, sentía el mismo alivio que cuando iba a mear con la vejiga a punto de reventar. Una especie de felicidad, un punto final a la inquietud más terrible. Mis padres me encontraron con la cuchilla en la mano y la cruz a medio terminar, y me encerraron —no recuerdo si en el instituto o en el hospital, es difícil diferenciarlos, son muy parecidos. Otra vez estuve internado porque un amigo de mi hermana (o de mi hermano, o de mi mamá, o de mi tío: nunca pregunté) me inyectó algo en el brazo que hizo chorrear a mi cerebro, lo juró, sentí cómo me salían chorros de cerebro por la nariz. En una de las dos internaciones tuve un amigo. Estaba mucho peor que yo. Había asesinado a su hermano. A su hermano le gustaba tener sexo con las gallinas y los pollos de la granja de su papá. Pero una vez se aburrió de los animales y violó a mi amigo. No le pregunté los detalles: sabía que me lo contaba solamente porque los dos estábamos en aislamiento, y si no hablaba iba a perder la cabeza del todo. Mi amigo esperó, y unos días después mató a su hermano, lo colgó de

una viga del techo del granero —o de la caballeriza, no recuerdo bien, cuando escuché la historia estaba hasta los ojos de tranquilizantes— y esperó a que el cuerpo se hinchara. Entonces, como si su hermano muerto fuera un pollo rebosante o un pavo relleno listo para la mesa de Navidad, le clavó cuchillas en el estómago.

Esa misma noche en la radio de mi cabeza empecé a sonar Hasil Adkins. Sus gritos y sus letras sobre decapitaciones, bailes frenéticos, comer mantequilla de maní en la luna, mujeres y sobre todo pollos. Cabezas de pollo, caminatas de pollos, pollos fritos. Hasil grita, y sus gritos me ponen tan nervioso que tengo que oler combustible y entonces me enojo mucho y les ruego que no se crucen conmigo cuando la radio está transmitiendo a Hasil y yo acabo de llenarme los pulmones de combustible o el estómago de anfetaminas. Pasan cosas.

Los doctores dicen que tengo el cerebro hecho cenizas. El pastor que tocaba el banjo con mi padre me dijo que tenía el diablo en la sangre. Cuando el volumen sube del todo y ya no puedo oír otra cosa, lo que suena es la voz de Dios. Cuando me tranquilizo, después de que Dios me dice lo que tiene que decirme, suena "Amazing Grace" (*"Una vez estuve perdido, pero ahora me he encontrado/ Estuve ciego y ahora veo"*), por Elvis. Mi papá decía que Dios debía tener la voz de Elvis. Mi hermano lo contradecía, y aseguraba que la voz de Dios era igual a la de Johnny Cash. Yo puedo asegurar que no se parece a la de ninguno de los dos. Suena como un relámpago. Ya sé que los relámpagos no tienen sonido, que es el trueno lo que se escucha, no soy estúpido. Pero imaginen si el relámpago tuviera voz. Bueno, así habla Dios.

También bailo, como papá, y tengo a alguien que me acompaña con su banjo. Es un arte antiguo, trato de pensar, mientras observo a los borrachos que tienen ganas de matarme porque sí, sólo para verme morir, y pienso que ellos no tienen idea de lo que yo les haría con un poco de Hasil y de combustible, ni se lo imaginan porque son brutos. El doctor me dijo una vez que para estar tan loco y tan abandonado, yo no era demasiado bruto, o todo lo bruto que se podría esperar. Siempre pienso en eso. Creo que decía la verdad.

Por eso quisiera alguna vez tener una mujer. Pero no una mujer como mamá, tan flaca, con el pelo rubio siempre sucio y los jeans subidos por arriba del ombligo, a veces atados con dos cinturones porque le quedan grandes y no tiene dinero para comprar unos más chicos ni voluntad para ir a pedir otro par al Ejército de Salvación ni vergüenza si se queda con el culo al aire en el supermercado. No. Tampoco una como mi hermana, que tiene trenzas largas como Willie Nelson y nombre de varón (papá estaba borracho cuando la anotó y no recordaba si era niño o niña su nuevo hijo: papá era un buen hombre, pero a veces hacía cosas así); mi hermana, que fuma todo el día y dispara mejor que los cazadores. Quiero una mujer que parezca



una princesa. Como la princesa de *La guerra de las galaxias*: justo como ella, con el pelo largo —a lo mejor recogido en una cola de caballo, no en esas trenzas pegadas a las orejas tan raras, pero igual soportaría el peinado, porque ella es tan bonita—; como ella, vestida de blanco y limpia, simpática y con lindos dientes, valiente si necesita serlo, pero no una bestia que ni bien se ofende empieza a dispararle primero al techo y después a los árboles, y quizá por último a los perros, como mi hermana menor. Quiero a esa princesa y me gustaría que no fuera rubia, porque estoy harto de las rubias; pero si tuviera ese rostro tan bonito con los ojos color avellana, soportaría el pelo rubio también. La busco mientras bailo, pero nunca está, nunca hay

nadie remotamente parecido a ella, apenas hay mujeres! Las que hay rompen botellas, son prostitutas profesionales, tienen pocos dientes, son obesas y cuando se caen de la silla después de veinte cervezas hay que llamar a una ambulancia para sacarlas del club; la ambulancia les cobra una fortuna, se endeudan, pierden la casa, acaban en un trailer, también pierden el trailer y entonces mueren de un ataque al corazón porque los obesos no pueden sobrevivir en la calle. En mi familia nadie es obeso. Yo mismo soy tan delgado que la gente no comprende de donde saco las energías para bailar. Ultimamente las saco de pensar en la princesa, a la que llamé Cindy, como la de la canción. Bailo y pienso en Cindy, en una casa en el bosque y en una radio de

verdad, porque me imagino que cuando ella aparezca, la que suena en mi cabeza va a apagarse. Tiene que apagarse. Debe hacerlo. Porque si el volumen se pone muy alto pasan cosas: me aturde, y no puedo distinguir a la gente, la confundo, les cambia el aspecto. Jamás lastimaría a Cindy si apareciera, ¿cómo voy a lastimar a la mujer que quiero?, pero no sé qué puede pasar si ella se transforma en otra persona, si Dios me grita desde la nuca, si Hasil la compara con carne que se pudre en una lata. Así que tengo miedo de encontrarla, pero también esperanzas. Por eso bailo y murmuro *cindy cindy* y pienso en nuestro casamiento, sin invitados, en el bosque, ella vestida de blanco como una princesa.

Fried Brains and the Devil in the Blood

White Lightnin', by Mariana Enriquez

I have a radio in my head that never switches off. Sometimes the volume is very low, sure, but I can hear it all the same: it sounds like emptiness, like when a bottle is thrown into a deep hole and the sound of it smashing or hitting water never reaches your ears, and you're left waiting for an ending. When the volume is at a reasonable level I hear "Cindy Cindy", the song my father used to dance to. My father was a dancer from the mountains, a king of the Appalachians, but one day something happened and he stopped dancing (it happened late at night, as he came home from a bar). I started dancing shortly after that.

But I digress. So, the music on the radio inside my head. If it's not "Cindy Cindy" (Get along home, Cindy-Cindy / I'll marry you sometime), it's Hasil Adkins. For a long time I asked myself why I heard Hasil and not someone else, and it must be because he was my neighbor here in West Virginia, and made his records holed up in a cabin not far from my own family's. He isn't famous in the rest of the country, but in our state people listen to his records, and while he was still performing in bars, they went to see him. Hasil was big! He sent every one of his records to the President, every single one he made. I don't believe any president will have listened to them; I don't believe the presidents like rockabilly, or have any interest in what happens in Boone County, or Madison, or any of our West Virginian communities. Anyway, I don't think the radio started to broadcast Hasil just because he was my neighbor. I started hearing the songs in the clinic. I was in prison and mental institutions before I was eighteen, and a fair amount afterwards as well. Things didn't go terribly well for me as a kid. My daddy danced everywhere, sometimes five or six shows a night, and I stayed home sniffing lighter fuel and ended up tattooing a cross on my arm. I tattooed myself to see how it felt to cut flesh more than anything. When the blood started to flow, I felt the same relief as when you start to pee when your bladder is on the point of bursting. A kind of happiness,



an end to the most terrible anxiety. My parents found me, knife in hand and tattoo half finished, and they had me locked up - I can't remember if it was a mental institution or a hospital, it's hard to tell which is which because they're pretty much alike. Another time I was detained because a friend of my sister (or my brother, or my mom, or my uncle: I never asked) injected me in the arm with something that turned my brain to mush, I swear, it felt like my brains were pouring out of my nose. On one of the two internments I made a friend. He was much worse than me. He had murdered his brother. His brother liked having sex with the chickens and other birds on his father's farm, but one day he got

bored of doing it with animals and raped my friend. I didn't ask for details: I knew he was only telling me because we were alone together, and because if he didn't talk he would lose his mind completely. My friend waited, and several days later he killed his brother, hanged him from a roof joist in the barn - or the stables, I don't really remember, I was doped up to the eyeballs with tranquilizers when I heard the story - and waited for the body to bloat. Then, as if his dead brother was a stuffed turkey ready for Christmas dinner, he plunged knives into his stomach.

That same night I started to hear Hasil Adkins on the radio inside my head. I heard his hollering and his lyrics about deca-

pitations, frenzied dancing, eating peanut butter on the moon, women and above all chickens. Chickens' heads, chicken walks, fried chicken. Hasil shrieked, and the sound made me so nervous that I had to sniff lighter fuel, and then I got really mad and begged them not to come near me when the radio was broadcasting Hasil, and I ended up filling my lungs with lighter fuel or my stomach with amphetamines. Shit happens. The doctors say my brains are fried. The preacher who played the banjo with my father told me I had the devil in my blood. When the volume is up full and I can no longer hear anything else, it is God's voice I hear. When I calm down, after God tells me what he needs to tell me, I hear Elvis singing "Amazing Grace" ("I once was lost, but now I'm found/Was blind, but now I see"). My daddy said God ought to have Elvis' voice. My brother disagreed, he was sure that God had the same voice as Johnny Cash. I can assure them that he doesn't sound like either. He sounds like a flash of lightning. I know lightning has no sound, it's the thunder that you hear, I'm not an idiot. But imagine if lightning had a voice. Well, that's how God speaks. I also dance, like Daddy, and have someone to accompany me on the banjo. I try to think of it as an ancient art, as I observe the drunks who would really like to kill me, purely to see me die, and think that they have no idea what I would do to them with a little Hasil and some lighter fuel, nor are they able to imagine it because they are ignorant. The doctor once told me that in

order for me to be this crazy and lost, I wasn't completely stupid, or as stupid as you might expect. I always think about that. I think he was right. That's why I'd like to have a wife at some point. Not a skinny one like Mom, with permanently dirty blond hair and her jeans pulled up above her belly button, sometimes tied with two belts because they are too big and she has no money to buy smaller ones, and no desire to go to the Salvation Army to ask for another pair and no shame if she flashes her ass in the supermarket. No. Nor one like my sister, who has long plaits like Willie Nelson and a boy's name (Daddy was drunk when he registered her birth and couldn't remember if his new kid was a boy or a girl: Daddy was a good man, but sometimes he did things like that); my sister, who smokes all day and shoots better than a hunter. I want a woman who looks like a princess. Like the princess from Star Wars: just like her, with long hair - maybe tied back in a ponytail, not in those strange braids stuck to her ears, but at the same time I could live with the hairstyle because she is so pretty...like her, dressed in white, clean, pleasant, with nice teeth, brave if she needs to be, but not a brute who, without provocation, starts shooting at the roof and then the trees, and finally maybe at the dogs, like my little sister. I want that princess and I'd like it if she weren't blond, because I'm sick of blondes; but if she had such a pretty face with those hazelnut eyes, I could live with blond hair too. I look for her as

I dance, but she is never there, there's never anyone remotely like her, there are barely any women! Such as there are smash bottles, fat prostitutes with few teeth who, when they fall off their chair after twenty beers, need an ambulance to get them out of the club; the ambulance charges them a fortune, they fall into debt, lose their house, finish up in a trailer, lose the trailer too and then die of a heart attack because fatties can't survive on the street. No-one in my family is obese. I myself am so thin that people can't understand where I get the energy to dance. Ultimately I draw the energy from thinking about the princess, whom I named Cindy, like in the song. I dance and think about Cindy, in a house in the woods and on a real radio, because I imagine that when she appears, the one in my head will switch off. It has to switch off. It must. Because if the volume is turned up very high, things happen: I get confused, and I can't make people out, I confuse them, they change appearance. I would never hurt Cindy if she appeared, how could I hurt the woman I love, but I don't know what might happen if she changes into someone else, if God yells at me inside my head, if Hasil compares her to rotting meat in a can. So I'm afraid of meeting her, but at the same time want to. That's why I dance and whisper cindy cindy and think about our wedding, with no guests, in the woods, and her wearing white like a princess.

Mariana Enriquez



Nació en 1973 en Buenos Aires. Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata y trabaja en el suplemento de arte y cultura *Radar* del diario *Página/12*. Colabora con revistas como *Rolling Stone*, *La Mano*, *Dulce Equis Negra*, *La mujer de mi vida*. Publicó dos novelas, *Bajar es lo peor* (Espasa Calpe, 1995) y *Cómo desaparecer completamente* (Emecé, 2004), y cuentos en antologías como *La Joven Guardia* (Norma, 2006), *Una terraza propia* (Norma, 2006), *En celo* (Sudamericana 2007), *Los días que vivimos en peligro* (Emecé). Su primer libro de relatos *Los peligros de fumar en la cama* se publicará en noviembre de 2009 por Emecé.

Born in 1973 in Buenos Aires. She has a degree in Journalism and Social Communication from the National University of La Plata and writes for *Radar*, the arts and culture supplement of the newspaper *Página/12*. She contributes to magazines such as *Rolling Stone*, *La Mano*, *Dulce Equis Negra* and *La mujer de mi vida*. She has had two novels published, *Bajar es lo peor* (Espasa Calpe, 1995) and *Cómo desaparecer completamente* (Emecé, 2004), as well as short stories in anthologies such as *La Joven Guardia* (Norma, 2006), *Una Terraza Propia* (Norma, 2006), *En celo* (Sudamericana 2007) and *Los días que vivimos en peligro* (Emecé). Her first book of tales, *Los peligros de fumar en la cama*, will be published by Emecé in November 2009.

Hotel recuerdo

Cold Souls (p. 132), por Pablo De Santis



En abril de 1949 llegó a Buenos Aires Enrico Padula, un ingeniero italiano de 35 años. Lo habían contratado para hacer un puente en el sur de la provincia de Mendoza. Pero la obra se había retrasado (en Argentina, como en Italia, todo se retrasaba) y Padula se vio obligado a permanecer un mes en Buenos Aires. Como la empresa se ocupaba de los gastos, no se preocupó. Le gustaba la idea de pasear por la ciudad. El ingeniero había perdido a su joven esposa el año anterior, a causa de una dolencia repentina. Había escapado de Milán porque en su ciudad todo le recordaba a su mujer. Le pareció que el olvido era una meta envidiable, y que el viaje ayudaría a conseguirlo. Su deseo se cumplió, pero ya había dejado de ser un deseo. Ahora, en la ciudad desconocida, sentía con terror cómo iba perdiendo el color de sus ojos, el sonido de su voz. A menudo soñaba con ella, pero siempre la veía en las situaciones absurdas y fugaces de los sueños. Los sueños le parecían desordenados, impuros; él quería recuerdos, no sueños.

Decidió alojarse en la Avenida de Mayo. El Cosmos era un hotel de aspecto sombrío, pero lo prefirió a otros más modernos, como si correspondiera a su estado de ánimo. En el hall había un tazón con frutas maduras, peras y manzanas, y en el pasillo, sobre una mesita, un jarrón con ya marchitos jazmines. Le dieron una habitación amplia, con ventana a la calle, en el tercer piso. La primera noche le costó dormir; recién a las tres de la mañana pudo cerrar los ojos, y entonces soñó con su mujer. Pero la soñó con tanta precisión que el sueño era casi un recuerdo. No la veía, pero oía su voz del otro lado de la puerta. Ella cantaba una canción napolitana, como hacía cuando creía que estaba sola, mientras cocinaba o colgaba la ropa en la terraza.

La experiencia se repitió las noches siguientes. Era un sueño amargo y dulce a la vez. En la mesa del desayuno,

frente a la taza blanca del café con leche, Enrico fue alternando la sonrisa con una mirada de desolación. De pronto un caballero alto, de barba entrecana, que acababa de entrar al comedor, se sentó en su mesa sin pedir permiso.

—Usted recordó —dijo con voz profunda, y sonó casi como una acusación. Luego agregó —Me presento: Rodrigo Lagarza. Tal vez haya leído mis artículos en el suplemento literario de *La Nación*.

Pero al ingeniero Padula nunca le había interesado la literatura. Había leído algunos libros en la escuela, y en los largos veranos, pero no había pasado de *Corazón*, *El corsario negro*, *Los novios*.

—Al hotel Cosmos lo llaman Hotel Recuerdo —siguió Lagarza— Todos los que vienen aquí vienen a recordar. ¿Usted tuvo alguna experiencia?

Padula negó con la cabeza. Lagarza lo miró con desconfianza:

—No crea que es una fantasía de mi ocurrencia. Es un fenómeno científico. Cuando hicieron este edificio, utilizaron mucho cinc, por error. Usted que es ingeniero, sabe que cuando en una construcción se utiliza cinc en cantidades excesivas, el edificio pasa a ser lo que se llama técnicamente una estructura mnemónica. Una antena para captar recuerdos. Como usted habrá observado, todos los tónicos para la memoria se hacen con compuestos de cinc.

El ingeniero pensó que él nunca había observado nada semejante, que nunca se había puesto a pensar en esas cosas. El construía puentes, escribía cartas a sus padres y lloraba por las noches.

—Además —siguió Lagarza— dejan frutas maduras y a veces flores, porque los olores ayudan al recuerdo.

—¿Y usted, señor Lagarza, ha venido aquí para recordar? —preguntó Enrico en italiano.

—Vengo para recordar, sí, pero por un interés profesional. Estoy escribiendo la biografía de uno de nuestros grandes poetas nacionales, Martín Ignacio Dobral. De niño tuve la suerte de conocerlo, era un amigo de la casa. La última vez mi padre estaba en cama, y él se quedó conversando con mi madre y conmigo, en la cocina. En el momento de partir insistió en saludar a mi padre. Subió las escaleras y saludó desde el umbral: Considéreme un sueño que viene a despedirse. No dijo más. Esa noche tomó el tren a Luján y a la mañana siguiente, después de pasar la noche escribiendo cartas incomprensibles, se pegó un tiro. Al parecer una novia lo había abandonado.

—¿Y es esa última noche lo que quiere recordar?

—No, eso lo recuerdo sin ayuda. Ocurre lo siguiente: cuando él subió para saludar a mi padre, yo, que tenía diez años, descubrí un papel que sobresalía del bolsillo de su abrigo, que estaba colgado en un perchero. Y como era curioso y admiraba a Dobral, lo leí. Era un poema. En el trataba de evocar a la mujer que lo desvelaba. El recordaba demasiado, pero creyó oportuno hacer, quizás como antídoto, un poema sobre el olvido. Ese poema nunca fue hallado, debió haberlo tirado desde la ventanilla del tren. Desde entonces he tratado de reconstruir ese poema. La primera estrofa la recordaba ya desde niño:

*La veía el domingo, primero la sonrisa
la mirada de almendra y la voz admirable.
La encontraba temprano, ella salía de misa
y yo volvía de una noche interminable.*

La segunda fue apareciendo de a poco, durante las primeras noches en este hotel:

*Nos vimos después en las tardes del verano
salía la luna con prefijada inconstancia
y serena y gentil me guiaba de la mano
por el país secreto de su secreta infancia.*

A partir de aquí todo fueron dificultades. Una noche entera para que una palabra apareciera. Pero a los tropezones llegué hasta el verso número doce:

*Vino luego esa noche que llamamos ausencia.
y apodamos olvido. Lo vivido, borrado.
Me quedaba su nombre y me faltaba su esencia
Solamente en sueños recordaba el rostro amado.*

—Hasta ahí llegué. Los dos últimos versos no aparecen, no hay caso.

—En sus recuerdos, ¿es él quien le dicta?

—No, cada noche veo el perchero de caoba, el abrigo raído, y saco el poema del bolsillo. A veces los versos están casi ilegibles, o algo me interrumpe antes de terminar. Ya he perdido la esperanza de obtener esos últimos versos. Para colmo me estoy quedando sin dinero. Enrico Padula creyó que ahora venía un pedido de plata, y salió del comedor con el pretexto de un trámite urgente en el consulado. Durante dos días no se cruzó

ron, porque Enrico acostumbraba desayunar más temprano que Lagarza, que a veces dormía hasta las doce. El ingeniero sentía un poco de envidia. El otro, aunque no pudiera llegar al final de su recuerdo, al menos había avanzado verso a verso; él en cambio siempre recordaba lo mismo. Noche tras noche lo visitaba la voz de su esposa, pero ella no se decidía a entrar. Se le ocurrió preguntar al conserje, un asturiano bajito y callado, si había algún cuarto mejor que el suyo para recordar.

-Claro, hombre- dijo el asturiano- Cuarto 425. El mejor de todos.

-¿Puedo tomarlo?

-Está ocupado. Siempre está ocupado. Ahora es el señor Lagarza el que vive en él.

Esa tarde recibió un telegrama de la empresa: que se presentara en Mendoza cuanto antes. Si quería ver a su esposa debía apurarse. Una mañana retrasó el desayuno hasta encontrarse con Lagarza. Apenas lo vio le propuso:

-Mi amigo: como usted habrá adivinado, le mentí. He estado recordando a mi difunta esposa. He podido recordar su maravillosa voz, pero nunca entra en la habitación, nunca permite que la vea. Sé que su cuarto es el mejor del hotel. Quiero que intercambiamos cuartos por una noche. Le pagaré por el favor.

Al principio Lagarza se mostró reticente, pero cuando el italiano puso los billetes sobre la mesa aceptó.

-Dejaré mi equipaje, si no le importa -dijo, mientras contaba los billetes.

Enrico se fue a la cama temprano. En un rincón estaba el baúl de Lagarza, más voluminoso que el suyo. En la cena había tomado té de tilo; no quería que el cambio de cuarto y la ansiedad le trajeran insomnio. Pensó en su esposa, rezó un padrenuestro y un avemaría y se durmió.

A las diez de la mañana del día siguiente los dos caballeros se encontraron en la sala del desayuno. Enrico ya había dejado su equipaje en el hall de entrada. En una hora partiría. Se sentaron junto a la ventana.

-¿Por qué tiene esa cara de tristeza? -quiso saber Lagarza.

-Ni siquiera oí su voz, como las otras noches. Estaba desolado. Pero de pronto giró el picaporte. Le tendí los brazos a mi esposa. En cambio entró un hombre delgado, pálido. Cabello oscuro y desordenado, un traje negro, raído...

-¡Martín Ignacio Dobral!

-No le pregunté el nombre. Pero le hablé. Yo soy tímido en el aquí y ahora, pero conversador en los recuerdos, aunque sean ajenos. Le dije que esperaba ver a mi esposa. Que sin ella mis recuerdos serían imperfectos. Que tendría que conformarme con soñarla, y bien sabe

uno qué poco confiables son los sueños. Entonces él me respondió:

"Confíate al sueño, que es también reminiscencia Y no al vano recuerdo, ese sueño equivocado" - Y se marchó sin más.

Lagarza repitió el mensaje, contó las sílabas, comprobó la armazón de las rimas y lo transcribió en el papel de los terrones de azúcar.

-¡Eran los versos que necesitaba! Enrico: gracias a usted he terminado el poema.

Efusivo, lo palmeó en la espalda. Pero su alegría contrastaba con la cara del italiano:

-Hice todo para verla. Y al final sólo recibí un mensaje para usted. Habría que avisarle a los recuerdos cuando uno cambia de habitación.

Rodrigo Lagarza borró su sonrisa de triunfo, que le parecía vana frente a la decepción del otro:

-No crea, tal vez esos versos eran más para usted que para mí.

Enrico se repitió los versos, como si los considerara por primera vez. Confíate al sueño, pensó. Cuando bajó a buscar su equipaje, ya su ánimo era otro. Los dos caballeros atravesaron el hall que olía a peras y manzanas maduras y se despidieron en la puerta del Hotel Recuerdo.

The Hotel of Lost Memories

Cold Souls, by Pablo De Santis

Enrico Padula, a 35-year old Italian engineer, arrived in Buenos Aires in April 1949. He had been hired to build a bridge in the south of the province of Mendoza, but the work had been delayed (everything ran late in Argentina, just like in Italy) and Padula was forced to remain in Buenos Aires for a month. He didn't mind, since the company was paying. He liked the idea of walking around the city. The engineer had lost his young wife to a sudden and unexpected illness the previous year. He had escaped Milan, since everything there reminded him of his wife. It seemed to him that what he needed was to forget, and that the voyage would help him do so. His wish was granted, but by then it was no longer what he wanted. Now, in this unfamiliar city, he felt fear, as if he were going to lose the colour of his eyes, or the ability to speak. He often dreamed about her, but he always saw her in the absurd, fleeting situations of which dreams are made. The dreams seemed jumbled and unclear; he wanted memories, not dreams.

He decided to stay on the Avenida de Mayo. The Cosmos was a gloomy hotel, but he preferred it to other more modern ones, as if it matched his mood. In the foyer there was a fruit bowl containing ripened pears and bananas, and on a table in the corridor sat a vase of withered jasmynes. He was given a large room on the third floor with a window onto the street.

The first night he found it difficult to sleep; it was only at three in the morning that he was able to close his eyes, and then he dreamt of his wife. However he dreamt of her so clearly that the dream was almost a

memory. He didn't see her, but he heard her voice on the other side of the door. She was singing a Neapolitan song, like she used to when she thought she was alone, while cooking or hanging clothes on the terrace. The same thing happened on the nights that followed. The dream was both bitter and sweet. At breakfast, sitting with a café au lait, Enrico had a smile on his face one minute, a look of desolation the next. Suddenly a tall gentleman with a greying beard, who had just entered the dining room, sat down at his table without asking.

"You remembered," he said in a deep voice, and it sounded almost like an accusation. Then he added, "Allow me to introduce myself. I am Rodrigo Lagarza. Perhaps you have read my articles in the literary supplement of La Nación."

But Padula the engineer had never been interested in literature. He had read some books in school, and during the summer holidays, but had never progressed beyond Heart, The Black Corsair and The Betrothed.

"They call the Cosmos the Hotel of Lost Memories," continued Lagarza. "All those who come here come to remember. Have you experienced it?"

Padula shook his head. Lagarza looked at him disbelievingly.

"Do not think it is just a crazy idea I have dreamed up. It is a scientific phenomenon. When this building was constructed, a lot of zinc was used by mistake. You, as an engineer, know that when zinc is used in construction in excessive quantities, the building becomes what technically is termed a mnemonic structure. An

antenna for catching memories. As you will have observed, all tonics for aiding memory are made of zinc compounds.

The engineer thought to himself that he had never observed any such thing, that he had never thought about such things. He built bridges, wrote letters to his parents, cried himself to sleep at night.

"Furthermore," Lagarza continued, "they leave ripened fruit, and sometimes flowers, because the smells aid remembering."

"And you, señor Lagarza, have you come here to remember?" asked Enrico in Italian.

"I have come to remember, yes, but out of professional interest. I am writing a biography of one of our great national poets, Martín Ignacio Dobral. As a child I was fortunate enough to know him, he was a friend of the family. The last time I saw him, my father was confined to bed, and Dobral remained in the kitchen, talking with my mother and me. When it came time to leave, he insisted on saying hello to my father. He climbed the stairs and greeted him from the threshold. 'Think of me as a dream that has come to say farewell.' That was all he said. That night he took the train to Luján and the following morning, after spending the night writing unintelligible letters, he shot himself. It seems a girlfriend had left him."

"And it is that last night that you wish to remember?"

"No, I can remember that without assistance. This is what happened: when he went up to pay his respects to my father, I, ten years old at the time, found a pie-



ce of paper sticking out of the pocket of his overcoat, which was hanging on a coat stand. As I was curious, and admired Dobral, I read it. It was a poem. In it he tried to recall the woman who was keeping him awake at night. He recalled her only too well, but he thought it would be a good idea to write, perhaps as an antidote, a poem about forgetting. That poem was never found. He must have thrown it out of the window of the train. Ever since, I have tried to recreate it. I have remembered the first verse since I was a boy:

I saw her on Sunday, the first thing was her smile
Her almond complexion and her attractive voice.
I came across her early, as she was leaving Mass
and I was making my way home from a long night
with the boys.

The second verse appeared bit by bit during the first few nights in this hotel:

Afterwards we saw each other on summer afternoons
The moon rose with predestined unpredictability
and she, calm and kind, led me by the hand
through the hidden territory of her secret childhood.

After that everything was difficult. It would take a whole night for a single word to appear. But in fits and starts I reached verse number twelve:

Then came that night that we call absence,
and nickname forgetting. What was vivid, blotted out.
She left me nothing but her name

I remembered the face I loved only in dreams.

"That's as far as I got. The last two verses haven't come to me, there's nothing else I can do."

"In your recollections, does he read the lines?"

"No, each night I see the mahogany coat stand and the threadbare overcoat, and I take the poem out of the pocket. Sometimes the verses are almost illegible, or something interrupts me before I can finish them. I have now given up hope of obtaining the last two verses. To cap it all, I have no money left."

Enrico Padula sensed a request for money was coming and left the dining room on the pretext of having urgent business at the consulate. They didn't meet again for two days, since Enrico made a habit of having breakfast earlier than Lagarza, who sometimes slept until midday. The engineer felt a little envious. The other man, although unable to complete his recollection, had at least progressed from verse to verse; he on the other hand always remembered the same thing. Night after night his wife's voice came to him, but she never chose to come in. It occurred to him to ask the concierge, a short, silent Asturian, if there was a better room than his for remembering.

"Of course, sir," said the Asturian, "Room 425. The best of all."

"May I have it?"

"It is occupied. It's always occupied. At the moment it is señor Lagarza who is staying there."

That afternoon he received a telegram from the company, requesting him to report to Mendoza as soon as possible. If he wanted to see his wife, he would have to be quick. One morning he delayed breakfasting so as to bump into Lagarza. As soon as he saw him he set out the following proposal:

"My friend, as you will have guessed, I lied. I have been recalling my deceased wife. I have been able to recall her wonderful voice, but she never comes into my room, she never allows me to see her. I know your room is the best in the hotel. I should like to swap rooms with you for one night. I will pay you for the favour."

At first Lagarza appeared reluctant, but when the Italian put the money on the table he agreed.

"I will leave my luggage, if you don't mind," he said, as he counted the bills.

Enrico went to bed early. In one corner was Lagarza's trunk, which was larger than his own. At dinner he had

drunk tilo tea; he didn't want the change of room and anxiety to leave him unable to sleep. He thought about his wife, said an 'Our Father' and a 'Hail Mary' and fell asleep.

At ten o'clock the following morning the two men met at breakfast. Enrico had already deposited his luggage in the lobby. He would be leaving in an hour. They sat together by the window.

"Why do you look so sad?" Lagarza wanted to know.

"I didn't even hear her voice, as I did on the other nights. I was devastated. Then all of a sudden the door handle turned. I held out my arms to my wife. But in her place entered a thin, pale man. Dark, untidy hair, a worn black suit..."

"Martín Ignacio Dobral!"

"I didn't ask his name. But I did speak to him. I am reserved in the here and now, but talkative in dreams, even other people's. I told him I was waiting to see my wife, that without her my memories were incomplete, that I would have to resign myself to dreaming about her, and one well knows how unreliable dreams are. Then he replied:

"Trust in the dream, which is also reminiscence
And not in pointless recollection, that false dream"
And without further comment he left.

Lagarza repeated the message, counted the syllables, checked the rhyming structure, and wrote it down on a sugar lump wrapper.

"Those were the verses I needed! Enrico, thanks to you I have completed the poem."

He clapped the other man heartily on the back, but his joy was in marked contrast to the face of the Italian.

"I did everything to see her, and in the end all I got was a message for you. One should tell one's memories when one changes room."

Rodrigo Lagarza swallowed his triumphant smile, which seemed conceited in light of the other man's disappointment.

"Don't you think these verses were perhaps more for you than for me?"

Enrico repeated the verses, as if considering them for the first time. Trust in the dream, he thought. When he went down to get his luggage, his spirits had already lifted. The two men crossed the lobby, with its aroma of ripe pears and bananas, and said goodbye in the doorway of the Hotel of Lost Memories.

Pablo De Santis



Nació en Buenos Aires en 1963. Es autor de las novelas *Enciclopedia en la hoguera*, *El inventor de juegos*, *El buscador de finales*, *La traducción*, *Filosofía y Letras*, *El teatro de la memoria*, *El calígrafo de Voltaire*, *La sexta lámpara* y *El enigma de París*, entre otros libros.

Born in Buenos Aires in 1963. He is the author of the novels *Enciclopedia en la hoguera*, *El inventor de juegos*, *El buscador de finales*, *La traducción*, *Filosofía y Letras*, *El teatro de la memoria*, *El calígrafo de Voltaire*, *La sexta lámpara* and *El enigma de París*, among others.

Lo que queda del estado de bienestar

por Esteban Schmidt

Tim le dijo a Tom: *aprovechemos, camarada, lo que quede del estado de bienestar*. Y se rió como un niño se ríe cuando se ríe porque sí. Tom sonrió para corresponder, pero como se sonríen los comunistas norteamericanos: poco. Los comunistas norteamericanos no se veían en 1980 con muchas chances de llegar a la Casa Blanca al año siguiente; eran pesimistas, las encuestas mencionaban al conservador Ronald Reagan como el sucesor del más liberal Jimmy Carter. Como siempre: nada para la izquierda más podrida. Consciente de esta realidad objetiva, el flaco, alto y calvo Tom, mano derecha de Patrick Garay, el líder histórico del comunismo norteamericano, aceptó reunirse con el también flaco, alto y calvo Tim, un viejo rival de Garay que llevaba diez años retirado en el campo del cooperativismo norteamericano. Tim, de 45 años, sabía que lo mejor que podía hacer para que prosperaran sus cooperativas y sus cooperadoras era reclutar cuadros educados en el rigor, la obediencia y la tristeza, en el jabón blanco y en el fanatismo por las legumbres cocidas durante horas y que estuvieran más o menos hartos de ser pobres, para administrarlas. Gente como era él, antes de ser cooperativista y feliz. Tom, de 35 años, en su fondo menos comunista, quería ser como Tim.

Tim, Tim Halsband, era judío norteamericano y, previsiblemente, tenía ojo para los negocios, sólo que reprimido durante todos sus años bolcheviques en los que apenas lució sus dones como vendedor estrella de la publicación del partido: la tradicional *What Happens America?* Intuyó, a tiempo para su vida, que rascar en la burocracia llevaba el mismo esfuerzo que rascar en la masa y que la utilidad sobre la marcha de la humanidad era la misma, con el feliz agregado del beneficio personal. Y aprovechó el inesperado giro del comunismo norteamericano -tradicionalmente industrial y urbano- a la exaltación de un guevarismo selvático boliviano para romper el carnet del partido y mandar el telegrama de desafiliación a la justicia electoral del estado de Nueva York. La melancolía del politburó perdido le duró una semana. En su cuarto proletariado leyó comics prohibidos por el Comité Central, comió fideos en siete variantes, se hizo gelatinas y liquidó veinte litros de Coca Cola con cubitos redondos. Al cabo del breve duelo aceptó un empleo como bibliotecario en la "Martin Seaman", la escuela pública más antigua de Brooklyn. El sueldo escolar superaba en veinte dólares el sueldo partidario, y ahí fue que captó los beneficios del estado benefactor: que si juntaba veinte firmas de docentes podía obtener del gobierno federal cinco mil dólares para comprar libros. Que juntar las veinte firmas le llevaba una mañana y cursar el pedido otra mañana. Pensó, entonces, en cuántos pedidos de cinco mil dólares se podían cursar en cinco mil mañanas y en qué pasaría si el destino del festival de subsidios fueran sus propias creaciones. Con el resultado mental de la operación, no pensó más y se cooperativizó para siempre.

Tim le contó esta historia a Tom, Tom Azzariti. Le narró con orgullo haber visto el filón del cooperativismo como punto medio simbólico entre la vida comunista y la vida capitalista. Y le exhibió la propuesta que le dijo sería un buen proyecto para la segunda parte de su vida. Una hoja con dos palabras escritas a mano:

The Tribbo.

Tom, que deseaba ser Tim, repitió The Tri-boo y se llevó la mano a la boca para hacerla rebotar mientras gritaba boo, boo, boo, como los indios norteamericanos, pero revelando una extroversión inesperada en un *has-ta hace diez minutos* comunista norteamericano. Tim dio vuelta la hoja, lo miró a Tom, le corrigió el cuello de la camisa como un papá, o como un maricón, o como un papá maricón, norteamericano o no, y le convidó un Benson fuerte. Le explicó que su idea para él era armar una cooperativa que promoviera películas de bajo presupuesto, alquilando filmadoras, luces y disponiendo de un pequeño set para estudiantes de cine o fotografía. Alquilando, por monedas, los elementos que permitieran que cualquier lumpen de esa tierra norteamericana pudiera hacer su experimento cinematográfico. Ah, Tim y Tom se habían juntado una mañana de febrero en el Molto Piacere de Darnestown Road. Hacía mucho frío, tenían tapaorejas, en el salón se escuchaba a The Carpenters y la mesa tenía olor a Blem. Siempre hay que ambientar. Ahí, entonces, con dos cafés negros, dos mufins de canela y dos Benson, dos ex comunistas norteamericanos flacos, altos y calvos, vestidos con camisas de jean y buzos de plush, verde Tim y azul Tom, las campearotadas en los respaldos de las sillas, fundaron The Tribbo. Aunque con el bajón de presión de la primera pitada de los cigarrillos algo les pasó, porque todo el entusiasmo inicial se les puso a cero, la máquina que se dieron en los primeros minutos, que los llevó a imaginar que podrían jugar en las ligas mayores de la industria cultural y hacerle un hijo artístico a América se volvió un electroencefalograma plano. Y aunque hablaron y acordaron las formalidades e informalidades del proyecto y lo pusieron en marcha fue como esos romances que mueren de golpe por un cambio en la composición química del aire. Así, aun antes de empezar, con la que sería su primera experiencia alternativa, su primera transgresión a una vida de obediencias, Tim y Tom ya estaban demolidos, listos, como para ir a echarse una siesta infernal. Y así funcionó la cooperativa, como una siesta, como el hilo de humo de un Benson encendido en un cuarto de luz blanca y titilante y con afiches de westerns sobre paredes amarillas. Esa es la verdad de la barbacoa. Tim mostraba el producto en las fuentes de dinero estatales y privadas, nacionales e internacionales, mientras Tom se encargaba de la administración y la logística de la cooperativa, incluyendo el pequeño bar para ensayistas de cortos cinematográficos norteamericanos atendido por unas chicas norteamericanas masacradas por la infelicidad, como si llegaran, cada día, de hacerse abortos en México. Así, caras más, caras menos, se pasaron treinta años. Tim y Tom se hicieron viejos. Viejos. Con la brutal pér-



dida de colágeno, las pieles colgantes, las erecciones random y mucho más pánico que a la mitad de la vida. Con la vejez llegan los homenajes, ¿no es cierto?, a los que se van a morir por hacernos la enorme gauchada de dejar lugares libres. Y los balances. Las notas en los diarios, las retrospectivas hechas por cooperativas de retrospectivas. Así fue como la nada misma se volvió mítica. El culto a las estadísticas hizo la otra parte del trabajo. The Triboo favoreció la producción de trescientos cortos, cuarenta medimetrajes, cinco largos. Pero con un patrón repetido: el retrato de la movida musical, la movida artística musical nocturna, en salones reventados de humo, en todos los retratos imaginados e imaginables de la transición de la juventud a la plancie de los treinta años. En el descubrimiento de que en los salones nocturnos pasaban cosas y en el encubrimiento de que siempre pasan cosas en los salones nocturnos, en todos los tiempos, en todos los países. Era una movida registrada por otra movida y que, en la fusión de movidas, provocarían una nueva movida, una corriente de la cinematografía norteamericana tan tan lumpen, la No Awake, que llamaría hasta positivamente la atención de una francesa, Alice Moreau, quien les dedicó el entusiasta documental "No hagan olas" celebrado en el mundo y aborrecido con pasión en Francia. Los flacos, y decrecientemente altos Tim y Tom hablan en el documental, como se habla en los documentales, de costado, mirando para allá, en el feliz tono de quien es documentalizado y se presta a la documentalización. Luego del estreno de la película en París, el diario Libération permitió a su cuadro juvenil más movido, inquieto y loco que escribiera el comentario de la película. Soleil Prêt, el cuadro, cuestionó "la livian-dadddddddddd, la superficialidadddddddddd, tan típica de los turistas bobos, de la directora del documental, al

retratar con tanta felicidad un movimiento, una movida, que sin duda no fue para tanto. ¿Por qué dar por bueno lo que dice Jim Jarmush sobre la movida?, ¿porque es Jim Jarmush?, ¿porque tiene el pelo de peluquería alto, porque es como afeminado pero no, macho pero no, fóbico pero no, sociable pero no tanto?" Y sigue: "Treinta años de la movida de The Triboo, pero dos espectadores, Alice, nunca la pretensión de tener aunque sea tres, porque eso les ponía el producto en evidencia, exponía a la vergüenza de decir quiénes eran y qué hacían de su vida los dos vivos (Tim y Tom) que durante treinta años trabajaron de alternativos para valerse de dineros públicos de los estados culposos y de la red internacional de subsidios para el tercer mundo que, previo peaje de Tim y Tom, terminaron aprovechados por chicos de clase media alta de Manhattan. ¡Se espera más de un francés! The Triboo no tuvo la menor intención de innovar estéticamente. ¡Ese granulado del súper ocho! La culturita de llevar la cámara de fotos a todos lados. La tí-pi-ca foto de autorretratarse contra el espejo del ascensor. Naaaaaaaa. Esa idea simplota expuesta en el film de que esos fiatos promovidos por The Triboo tiraban algo por la ventana o que decían *the ugly fucking truth*. No: el mismo largo equivocado de todos estos años. Un chico resuelve filmar en súper ocho como si fuera el primero en hacerlo y, por su error de apreciación, por su penosa autopercepción, pasa a creerse mil y lo más dramático, y espero que esto se entienda, pasa a *costarnos* esos mil que el mocosito cree que vale. Y la cosa de hacer películas con nada. Lo digo dos veces: ay y ay. ¿Por qué habría que hacerlas con nada, hacerlas mal?, ¿qué jactancia es esa? Gente recordando los buenos viejos malos tiempos, ahhhh. Los recuerdos de la juventud, los primeros errores, los descubrimientos. Qué vamos a hacer. Lo más terrible es que a lo mejor ni

se han ganado que uno se tome el esfuerzo y sólo me tomo este esfuerzo no por ellos, sino porque una francesa gastó su tiempo, empleó su educación francesa en retratar un mundo norteamericano sin Terminators, pero que no por ello es mejor, no es mejor. Las directoras de cine francés son enamoradizas, se visten bien, viven bien, toman vino de calidad desde la mamadera, pero, bueno, se enamoran tontamente de cualquier hombre peludo que ven. Algo así habrá en el lamentable impulso de este film. Ah, y The Triboo, boo, boo, boo, no cumple treinta años filmando, cumplen treinta años nada más, es un apilamiento de años, no una entidad histórica fundada en el aprendizaje del paso del tiempo. Es una paradoja de la razón, pero bueno, sigan festejando chicas directoras, ¡jalee Alice! Nos vemos en la muerte a ver quién hizo más cagadas." Alice no quiso esperar a morir para saldar cuentas con Soleil y en cuanto terminó de leer fue a buscarla a la sede de Libération. En la recepción la derivaron al bistró Un sang impur de la avenue Kléber adonde Prêt acostumbra escaparse. Allí entró agitada y la reconoció enseguida porque había una sola persona inteligente y feliz en todo el salón. Se acercó a ella, le quitó el Gauloise de la boca, se lo apagó en el cachete y le pegó una trompada. Todo en un segundo. Soleil, dolorida y desde el suelo, dijo con justa soberbia: *no es gratis ser yo*.

Ese mismo día, en América, en Brooklyn, Tim y Tom se reunieron para darle de comer a unas palomas en la rambla que da sobre el río Hudson y a hablar mal de los Estados Unidos dando inicio a la etapa superior, el izquierdismo tardío, la enfermedad infantil del cooperativismo comunista norteamericano.

The Remains of the Welfare State

by Esteban Schmidt

Tim said it to Tom: let's take advantage, comrade, of what's left of the welfare state. And he laughed like a child laughs when it laughs for no reason. Tom smiled in return, but in the way American communists do: barely. American communists were pessimistic about their chances of getting into the White House the following year: opinion polls indicated the conservative Ronald Reagan as the successor to the more liberal Jimmy Carter. As usual, no hope for the thoroughly fed up left. Aware of this objective reality, the tall, thin, bald Tom, the right hand man of Patrick Garay, the historic leader of American communism, agreed to meet the similarly tall, slim, bald Tim, an old rival of Garay who had been out of the limelight for ten years in the field of American cooperativism. The 45-year old Tom knew that the best way for his cooperatives to prosper was to recruit staff used to severity, obedience and sadness, white soap and vegetables cooked for hours, and who were more or less sick of being poor, to administrate them. People like he used to be, before he got into cooperativism and became happy. The 35-year old Tom, not so much of a communist at heart, wanted to be like Tim. Tim, Tim Halsband, was an American Jew and, predic-

tably, had an eye for business, it was just suppressed during all his Bolshevik years during which as star salesman of the party's publication, the traditional What Happens America? his talents barely showed. He sensed, early in life, that it took the same effort to scratch through the bureaucracy as through pastry and that the usefulness for the advancement of humanity was the same, with the happy addition of personal benefit. And he took advantage of the unexpected shift of American communism - traditionally industrial and urban - to the glorification of Bolivian-jungle Guevarism to rip up his party membership card and send a telegram advising the New York electoral court of his disaffiliation. He mourned his estrangement from the politburo for a week. In his proletarianized room he read comics prohibited by the Central Committee, ate seven varieties of pasta, made jello and downed twenty liters of Coca Cola with round ice-cubes. After this brief period of mourning he accepted a job as a librarian in the "Martin Seaman", the oldest public school in Brooklyn. The school paid twenty dollars more than his party salary, and it was there he grasped the benefits of working for the Sta-

te: that if he collected twenty teachers' signatures he could get five thousand dollars from the federal government to buy books. That collecting the twenty signatures took him one morning and processing the request another. Then he wondered how many requests for five thousand dollars could be processed on five thousand mornings and what would happen if the destination of the jamboree of subsidies were his own creations. When he had finished thinking about it, he wondered no more and turned to cooperativism for ever.

Tim told this story to Tom, Tom Azzariti. He described with pride having seen the goldmine of cooperativism as the symbolic middle point between communism and capitalism. And he showed him the proposal that he said would be a good project for the second half of his life. A sheet of paper with two handwritten words:

The Triboo.

Tom, who wanted to be Tim, repeated The Tri-boo and lifted his hand to his mouth and bounced one off the other while shouting boo, boo, boo, like an American Indian, re-

vealing himself to be unexpectedly extrovert for an until only recently American communist. Tim turned over the piece of paper, looked at Tom, fixed his collar like a father would, or a gay man would, or a gay father would, American or not, and offered him a cigarette. He explained to the other man that his idea for him was to set up a cooperative that would promote low-budget films, leasing cameras and lights and making a small set available to students of cinema and photography. Leasing, for pennies, the things that would enable any Average Joe from any part of the States to carry out his cinematic experiment. So, Tim and Tom had got together one February morning in the *Molto Piacere* on Darnestown Road. It was a very cold day, they were wearing ear muffers, in the lounge *The Carpenters* were playing and the table smelled of Blem. They always have to give a bit of atmosphere. There, with a black coffee, a cinnamon muffin and a cigarette each, two tall, thin, bald American ex-communists, dressed in denim shirts and sweatshirts (Tim's green, Tom's blue), their winter coats over the backs of the chairs, founded *The Triboo*. However something happened to them as the first drag on their cigarettes lowered their blood pressure, because all of the initial enthusiasm evaporated, the preoccupation of the first few minutes, which led to them imagining that they could play in the major leagues of the culture industry and create an artistic child for America, turned into a flatline EEG. And although they talked and agreed upon the formalities and the minutiae of the project and set it in motion, it was like those love affairs that suddenly die due to a change in chemistry in the air. Thus, even before starting what would be their first experience of something different, their first transgression from a whole life of obedience, Tim and Tom were already beaten, finished, as if going to take a hideous siesta. And that's how the cooperative worked, like a siesta, like the wisps of smoke from a lit cigarette in a room of white, twinkling light with cowboy posters on yellow walls. That is the truth of the barbecue. Tim showed the product to government and private sources of funding, national and international, while Tom was responsible for the administration and logistics of the cooperative, including the small bar where writers of American short films were waited on by American girls butchered by unhappiness, as if every day they had just had an abortion in Mexico. People came and people went, and thus passed thirty years. Tim and Tom became old. Old men, suffering the cruel loss of collagen, sagging skin, infrequent erections and a lot more dread than in middle age.

With old age come tributes to those who are going to die in order to do us the massive favour of making room for others, right? And appraisals. Notes in the newspapers, retrospectives. That was how something mythical was created out of nothing. The worship of statistics formed the other part of the task. *The Triboo* helped the production of three hundred shorts, forty short features and five full-length features. But with a repeating pattern: a depiction of the music scene, the nocturnal artistic music scene, in halls full of smoke, in every conceivable portrayal of the transition from youth to the vast expanse of one's thirties. In the discovery that things happened in nighttime venues and in the concealment of the fact that things always happened in nighttime venues, in every era, in every country. It was one scene recorded by another scene and which, in the merging of scenes, created another scene, a trend of American filmmaking so very proletarian, the *No Awake* movement, that it caught the approving attention of a Frenchwoman, Alice Moreau, who made the glowing documentary "*Don't Make Waves*", applauded worldwide and loathed with a passion in France, about them. The thin and increasingly less tall Tim and Tom spoke in the documentary, as one speaks in documentaries, side-on, looking somewhere other than at the camera, in the happy tone of a person being documented and taking part in the making of the documentary. After the film's premiere in Paris, the newspaper *Libération* allowed its most restless, eager and crazy junior staff writer to write the film's review. *Soleil Prêt*, the staff member, questioned "the frivolousness, the superficiality, so typical of foolish tourists, of the documentary's director, in portraying with such happiness a movement, a scene, that undoubtedly was not that important. Why quote with approval what Jim Jarmusch says about the movement? Because it's Jim Jarmusch? Because he has expensively coiffed hair, because he is effeminate and yet isn't, macho and yet isn't, phobic but isn't, sociable but not too much?" And she continues: "Thirty years of *The Triboo* movement, but two participants, Alice, never any aspiration to have even three, because that would mean letting someone else see the product, would mean exposing them to the embarrassment of saying who they were and what they did with their lives, the two freeloaders (Tim and Tom) who for thirty years worked the alternatives to make use of the public funds of negligent states and the international network of subsidies for the Third World which, after Tim and Tom's cut, were taken advantage of by upper middle class kids from Manhattan. One expects more from the French! *The Triboo*

did not have the slightest intention to innovate aesthetically. That speck of Super 8. The little custom of taking the camera everywhere. The typical self-portrait photo in the mirror in the elevator. Nah. That facile idea advanced in the film that those guys promoted by *The Triboo* threw something out of the window or that they told the ugly fucking truth. No: the same big misunderstanding all these years. A kid decides to film in Super 8 as if he were the first to do so and, by his lack of appreciation, his arduous self-perception, came to consider himself special and the most dramatic, and I hope this is understood, goes on to cost us those thousands that the brat thinks he's worth. And this thing about making films from nothing. What can I say? Why should they have to make them with nothing, make them badly? What sort of boast is that? Ah, people remembering the good old bad old days. Memories of youth, first mistakes, discoveries. What can we do. The worst thing is that, at best, they haven't even managed to get one to make the effort, and the only reason I am making this effort is not for them, but because a Frenchwoman wasted her time, used her French education to depict an American world without Terminators, but it's not any better for that, it's not better. Female French film directors are easily seduced, dress well, live well, drink wine copiously from childhood, but, well, foolishly fall in love with any hirsute man they see. There must be something of that in the unfortunate impact of this film. Oh, and *The Triboo*, *The Triboo-hoo*, are not celebrating thirty years filming, they are simply celebrating thirty years, an accumulation of years, not an historic entity forged in the passage of time. It is a paradox of logic, but however, they continue to celebrate female directors. Go Alice! We'll see who winds up making more turkeys." Alice didn't want to wait forever to settle the score with *Soleil* and as soon as she finished reading she went looking for her at *Libération's* headquarters. In the lobby they directed her to *Un sang impur*, the bistro on Kléber Avenue where *Prêt* was in the habit of escaping to. Aroused, Alice entered the bistro and recognized her immediately since there was only one smart, happy person in the entire place. She approached her, took the cigarette out of her mouth, stubbed it out on her cheek and punched her. All in a flash. *Soleil*, smarting on the floor, said with righteous pride: being me comes with a price.

That same day, in America, in Brooklyn, Tim and Tom met to feed pigeons on the Hudson River Esplanade and to talk ill of the United States, leading to the greater theme, belated leftistism, the childhood illness of American communist cooperativism.

Esteban Schmidt



Nació en Buenos Aires en 1967. Hizo la primaria y secundaria en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta. Luego pasó por las carreras de Sociología y Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. No completó esos estudios. Fue dirigente político juvenil de la Unión Cívica Radical hasta 1991 y luego ejerció el periodismo gráfico y radial, y la docencia en distintos niveles. Artículos y relatos suyos integran algunas de las miles de antologías publicadas estos años. Publicó en 2008 un libro llamado *The Palermo Manifesto*. Es columnista de la revista *Rolling Stone*, coordina talleres de expresión y escribe próximos libros.

Born in Buenos Aires in 1967. After completing his primary and secondary education in the Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta, he pursued degrees in Sociology and Communication Sciences in the University of Buenos Aires, but did not complete his studies. He was the Unión Cívica Radical's head of youth politics until 1991 and then worked in newspaper and radio journalism, and as a teacher at different levels. Some of his articles and stories have been included in the many anthologies which have been published over the years. In 2008 his book *The Palermo Manifesto* was published. He is a columnist for *Rolling Stone* magazine, runs workshops on expression, and is writing further books.

No es natural

por Alfredo Jaramillo



Ahí va de nuevo la chica coreana, corriendo como una enferma por la calle de atrás, en medio de la noche, descalza y asustada pensando en las cosas que la trajeron hasta acá. ¿Qué era en un principio? Ah, sí, la resignación, el abandono. Su marido es un inútil sin afecto; su mamá es un elefante pequeño y burlón que vive a expensas de su desgracia. No resulta raro que una noche cualquiera se levante y corra para hacer que el corazón encuentre su guarida.

A veces la vida puede ser una rutina de tortura premeditada y consciente: primero bordar, después enrollar el pescado, más tarde montar la dinamita lenta del resentimiento, después la amnesia fantasiosa de las promesas y quizá el amor eterno. Como en esas películas en donde alguien se levanta en medio de la ruta sin saber cómo terminó ahí, los nuevos comienzos parecen un poco terroríficos. No aparecen monstruos ni casas embrujadas alrededor del camino, y tampoco hace falta mostrarlas, porque el temor repite siempre las manías de alojarse en un rincón interior.

La chica pasó más de veinte años ahogada en su casa, durmiendo en una cama fría y sudorosa, hasta que un día llega un santo vendado y es como si cayeran asteroides del cielo. Porque existen esos momentos donde aparece alguien y una tela extraña empieza a envolver a dos personas entre sí, como si la membrana delgada que cubre las vísceras comenzara a rodear al mundo

para ligarlo a un movimiento común. La coreana, auto-secuestrada de su vida, viendo caer la misma piedra una y otra vez por la pendiente, está sola y arrodillada en la cocina, enrollando el pescado. Desea la muerte de todos hasta que un joven diácono cena en su mesa. Todavía no sabe lo que está a punto de perder. Tampoco se imagina lo que está a punto de ganar.

Hasta entonces el cura se encargaba de propiciar encuentros pacíficos con Dios ejerciendo el oficio de la extremaunción. Encomendaba la suerte de los fieles a la mano fría de la ciencia y al confort de los antidepressivos. Llegado el momento, tuvo que dar prueba de su fe sometiendo a un experimento en el que terminaría trocando la inmortalidad de los cielos por la inmortalidad de la sangre. Se transformó, como casi todos, en un vampiro. Pero no lo hizo de una manera en la que sólo él estuviera sumergido en el calvario de la noche. La conoció y supo que sería difícil mantener un secreto cuando alguien, en silencio, reclama redención.

Como decía Santa Teresa: los caminos del Señor son inescrutables. De igual modo sintió en ese momento el amor, o el mundo, o el universo, o las opiniones de las personas, porque al fin y al cabo hay momentos en los que todo parece a veces estar dado vuelta de una manera similar. Sentado en su cama, golpeándose con una vara para alejarse de la tentación, el santo se acordó de las cosas que había visto, o las cosas que había imagi-

nado en trance, mientras su cara se llenaba de ampollas y venían a buscarlo de todos los rincones del país para que compartiera sus milagros. Sin embargo, no le quedó otro camino que meterse la vida de otros por la boca. Como sustituto de la fe, buscó con avidez una sustancia densa que lo devolviera de nuevo al cielo que había perdido. Se repetía a sí mismo: no está mal cambiar la confianza en el más allá por los tóxicos del más acá.

Estaba con la sangre contaminada y el corazón confundido. Miraba su cara en el espejo y sentía los ojos como si fueran los cráteres de un volcán. Le zumbaban los oídos y experimentó sensaciones especiales, como empezando a dejar de pertenecer a este mundo para irse a otro. Pensó en las cosas obvias que entran en la mente de todo hombre desesperado: si el destino es algo que se elige; si se está siempre solo; si Dios existía y si pensaba dar señales de vida alguna vez. Secretamente lo sabía: no había ninguna conclusión, pero se negaba a aceptar que todo martirio también tiene una fecha de vencimiento; que después de todos los viajes hay un momento para volver adonde está al calor.

Muerto de sed, necesitaba siempre algo para tomar. Ya había probado todos los métodos posibles: vivir de los pacientes en coma, saquear los bancos de sangre, cualquier cosa menos tener que sucumbir a las pasiones de la carne. Después de todo no está mal vivir como un recolector silencioso, como un paseante nocturno en la planicie natural que mira cuál es el mejor fruto de la estación. Y si al fin y al cabo su oficio le imponía tomar la sangre de Cristo sin vergüenza, ¿qué importaba tomarse la de sus hijos?

Matar era una cuestión más complicada. Aunque cuando las cosas empiezan a funcionar de a dos —cuando ya no alcanza salir a cazar solo, cuando la voluntad se somete a unos designios oscuros como eclipses que, por ejemplo, ocurren un día con una coreana corriendo por un callejón trasero— la manera correcta de hacer las cosas se vuelve la manera rápida de hacerlas. “Para qué perder tiempo coleccionando alternativas”, pensó en ocasiones. “Si un amor es brutal, ¿no tiene que ser el alimento igual de brutal?”. De esa manera funciona también el martirio: Jesús soportando latigazos, muerto en la cruz. Y no tan lejos, él (porque todos los cristianos —afirmaba— son corderos del mismo rebaño), un cura provinciano entregado a la experimentación médica, se había traído de regreso también una vibración en la sangre. Claro que en su caso no se trataba de derramarla en nombre de otros: ahora había que alimentarse de la vida de los demás para hacer posible la propia.

¿No funcionaba del mismo modo, también, el amor? Porque si así fuera (y si así lo entendieran todos, aunque para él bastaba que ese sentimiento estuviera presente en él) la chica coreana podría haber sido la Sidney Sheldon del vampirismo, un best-seller de moda donde el amor y la muerte disputaban su reinado. En una pequeña casa de familia, en partidas de dominó donde las trampas eran un preludio a la masacre, los dos se enamoraron. Como todos los comienzos, el de ellos también fue dulce. Rebotaban entre edificios como muñecos de goma, tuvieron orgasmos en camas de hospitales, rieron como dos cachorros en celo. Hasta que ella se dio cuenta de que él viviría para siempre y quiso tener lo mismo. Para

estar juntos y no separarse jamás. Como una mudanza que empieza con la ropa y termina con la sangre. No quería correr más por las noches. Se bautizó. Primero empezaron con los amigos indeseables (un compañero de trabajo de su esposo, la mujer). Pero pronto ella empezó a tener más sed, como si la boca no se calmara y todo ese deseo oscuro fuera inversamente proporcional a su falta de fe; no digamos "en Dios", sino en algo que apenas estuviera un poco más allá de su pasado de sirvienta perturbada. Ahora quería tomar,

quería vivir, empezó a olvidarse de querer. Los recuerdos se volvían cada vez más borrosos: ese día en que el santo había llegado a su casa, cubierto de pústulas y lleno de luz, estaba ahora muy atrás; la vez que, desesperado, entró por la ventana del baño a pedirle que volviera. Lo único que quedaba era la adicción y un amor vacío. A veces la sangre puede volverse intolerable. Cuando se está lleno de ella, en ocasiones el cuerpo y la cabeza se riegan con ideas falsas. Alguna vez se dijo algo parecido acerca de la ideología y de la religión. Pero jamás

nadie pareció decir lo mismo sobre el amor. Como si lo único tóxico fueran las cosas que están por encima del mundo, por afuera de los corazones, lejos de casa. En un sentido está bien que el santo y la coreana hayan decidido esperar la salida del sol para ponerle fin a su viaje sangriento: no se puede vivir de otros todo el tiempo. De vez en cuando hay que escapar para sentir el aire frío de la noche metiéndose en los pulmones. No es natural pensar que las cosas duran para siempre. No es natural.

It's Unnatural

by Alfredo Jaramillo

There goes the Korean girl again, running down the street at the back like a lunatic, in the middle of the night, barefoot and frightened thinking about the things that brought her to this point. What was it in the beginning? Ah yes, resignation, abandonment. Her husband is an affectionless good-for-nothing; her mother, small, fat and always mocking her, lives off her misfortune. Small wonder she should get up and run one night to make her heart find a safe haven.

At times life can be a routine of premeditated, living torture: first embroidery, then rolling fish, later on the slow fuse of resentment is lit, then the imaginative amnesia of promises and perhaps everlasting love. Like those films where someone stands up in the middle of the road without knowing how they got there, new beginnings seem a little terrifying. No monsters appear, nor haunted houses at the side of the road, nor is there any need to show them, because fear always creates an obsession with living in the corner of the room.

The girl spent more than twenty suffocating years in her house, sleeping in a cold, sweaty bed, until one day a blindfolded saint arrives and it's as if asteroids had fallen out of the sky. There are moments when someone appears and a strange fabric starts to wrap two people together, as if the thin membrane that covers the body's internal organs had started to encircle the world to bind it into common motion. The Korean girl, having shut herself away from her life, watching the same stone roll down the slope time after time, is alone and on her knees in the kitchen, rolling fish. She wishes everyone dead until a young deacon dines at her table. She still doesn't know what she's about to lose. Nor does she imagine what she's about to gain.

Until then the priest made sure of bringing about peaceful encounters with God by administering the sacrament of the anointing of the sick. He entrusted the fate of the faithful to the cold hand of science and the solace of antidepressants. When the time came, he had to test his faith by undergoing an experiment in which he would end up swapping heavenly immortality for bodily immortality. Like almost everyone, he turned into a vampire, but not in a way that he alone would be submerged in the horrors of the night. He met her, and knew it would be difficult to keep a secret when anyone silently demanded redemption.

As Saint Teresa used to say: the Lord moves in mysterious ways. In the same way he felt, in that moment, love, or the world, or the universe, or peoples' opinions,



because at the end of the day there are times when everything appears at times to be similarly confused. Sitting on his bed, beating himself with a rod to drive away temptation, the saint remembered the things he had seen, or the things he had imagined in a trance, while his face filled with blisters and people came from the four corners of the country to share his miracles. However the only road left to him was to drink the lifeblood of others. As a substitute for faith, he searched eagerly for a dense substance that would return him to the heaven he had lost. He repeated to himself: there is no wrong in swapping faith in the hereafter for the poisons of the here and now.

His blood was contaminated and his heart confused. He looked at his face in the mirror and his eyes looked like the craters of a volcano. His ears rang and he experienced unusual sensations, as if starting to cease

to belong to this world in order to move into another. He thought all the usual thoughts of a desperate man: whether your destiny is something you choose; whether you are always alone; whether God existed and whether he ever intended to offer signs of life. Secretly he knew: no conclusion was reached, but he refused to accept that all torment also has an expiry date; that after every journey there is a time to return to a place where one is warm.

Dying of thirst, he always needed something to drink. He had already tested every possible method: living off patients in a coma, plundering blood banks, anything but having to surrender to a passion for flesh. At the end of the day it is not evil to live like a silent harvester, like someone walking through open ground at night, looking to see which is the best fruit of the season. And after all, if his calling required him to drink the blood of Christ

without shame, why not drink the blood of his children? Killing was a more complicated matter. Although when they start working as a team—when he can no longer hunt alone, when his willpower surrenders to certain dark intentions like eclipses as, for example, happens one day with a Korean girl running along a back alley—the correct way of doing things turns into the quick way of doing things. “Why waste time gathering alternatives”, he sometimes thought. “If a love is savage, must it not feed equally savagely? This is how martyrdom always works: Jesus under the lash, dead on the cross. And, not dissimilarly he (because all Christians, he declared, are lambs of the same flock), a provincial priest devoted to medical experimentation, had also brought himself back a vibration in his blood. Obviously in his case it wasn’t about shedding it in the name of others: now he had to feed on the lives of others in order to preserve his own. Didn’t love also work in the same way? Because if it did (and if that were how others understood it, even if for him

it was enough that that feeling was present in him) the Korean girl could have been the Sidney Sheldon of vampirism, a fashionable best-seller in whose writing love and death fought over their kingdom. In a small family home, over games of dominoes in which cheating was a prelude to massacre, they fell in love with each other. Like the beginning of all romances, theirs was sweet. They bounced between buildings like rubber dolls, had orgasms in hospital beds, and laughed like two puppies on heat, until she realized that he would live forever, and wanted the same thing. To be together and never be apart. Like moving in, first your clothes and in the end your blood. She didn’t want to run at night any longer. She was baptized. At first they started with unsavory friends (one of her husband’s work colleagues). But soon she craved more, as if her thirst were not quenched and all that dark desire were inversely proportional to her lack of faith; not “in God”, but in something which was little different from her past of deranged servitude. Now

she wanted to drink, to live, she had begun to forget to want. Her memories became more and more blurred: it was now a long time since that day when the saint had arrived at her house, covered in pimples and filled with light; the time when, in desperation, he came in through the bathroom window to ask her to return. All that remained were addiction and an empty love. Sometimes his blood can become unbearable. When he is full of her blood, his body and his head are sometimes fed with false ideas. Someone once said something similar about ideology and religion. But no-one ever said the same about love. As if only things that are beyond this world, outwith our hearts, far from home, were harmful. In one sense it is good that the saint and the Korean girl have decided to wait for sunset to complete their bloody journey: it is not possible to live off others all of the time. Sometimes you have to get out and feel the cold night air in your lungs. It is not natural to think that things last forever. It’s unnatural.

Alfredo Jaramillo



Nació en Neuquén Capital en 1983. Es licenciado en Comunicación Social (Universidad Nacional del Comahue) y fue becario de investigación. Publicó un libro de poemas llamado *Grunge* (Editorial Funesiana) y editó el fanzine *Villa Negra*. Actualmente trabaja como profesor de Lengua en la Universidad Nacional de Quilmes y da clases de español para extranjeros. Es periodista free lance y ha colaborado con los diarios *Perfil*, *Página/12*, y las revistas *Llegás* y *La Mano*. Algunos de sus poemas, ensayos y reseñas literarias están disponibles en las revistas online *No Retornable*, *El Interpretador*, *Planta* y *VOX virtual*. Vive en Buenos Aires desde 2008.

Born in Neuquén in 1983. He has a degree in Social Communication from the National University of El Comahue, where he also received a research scholarship. He has published a book of poems called Grunge (Editorial Funesiana) and has edited the fanzine Villa Negra. He currently works as a Language teacher in the National University of Quilmes and teaches Spanish to foreigners. He is a freelance journalist and has contributed to the newspapers Perfil and Página/12 and the magazines Llegás and La Mano. Some of his poems, essays and literary reviews are available in the online magazines No Retornable, El Interpretador, Planta and VOX virtual. He has lived in Buenos Aires since 2008.

El anillo

Humpday (p. 193), por Pedro Mairal

¿A ver cómo te queda?, pregunta una voz de mujer desde el cuarto en sombras. Flaco y desgarrado, él se para bajo la luz del pasillo, frente a la puerta, vestido de fútbol, mirándose las medias azules nuevas y los botines. Muy profesional, ¿son cómodos? Sí, están medio duros, ya los voy a ablandar jugando, bueno, me voy. No vuelvas tarde, Emilio, dice la mujer. Quizá nos tomamos una cerveza después del partido, dice él y sale con el bolso al hombro.

Afuera ya es de noche. Emilio cruza la plaza Las Heras, mira que no venga nadie y detrás de un árbol, refriega los botines contra el pasto, contra el tronco, camina arrastrando los pies, se frota cada media con la suela del otro pie hasta que quedan manchadas. Sigue caminando, y cruza la plaza. Camina varias cuerdas, hasta que en la entrada de un edificio toca el portero eléctrico y le abren.

Arriba su amigo Franco lo hace pasar y se empieza a reír de su atuendo. No te rías. Es regalo de cumpleaños. Si no me visto de fútbol, no me cree. Franco le dice: Vení ayudame que estoy cortando fruta para un clericot. Pará que me saco esto, dice Emilio y se mete en el baño.

En la cocina, ya cambiado con jeans y una remera, lo ayuda a Franco a cortar fruta y a preparar las jarras mientras fuman un porro. Pero la camiseta no va a tener olor a chivo, dice Franco. Bueno ¿qué querés que haga?, ¿que salga a correr?, ya embarré los botines, la camiseta la hice un bollo y la metí en el bolso. ¿Vos te pensás que no se da cuenta? Creo que no, dice Emilio. ¿Pero no te dice nada? Que no vuelva tarde, me dice. Pero yo creo que ya ni le importa. A veces llevo antes que amanezca, me meto en la cama y ella se despierta y se hace el desayuno, yo duermo a la mañana, después me voy a la redacción y ella duerme la siesta. Es como las camas

calientes de la revolución industrial cuando había turnos para dormir en una misma cama, hacemos relevo. ¿Y ella qué hace todo el día? No sé, duerme y come. ¿Cuánto hace que perdió el embarazo? Un año casi.

Siguen cortando manzanas y duraznos. ¿Che, no es medio de jovato el clericot?, pregunta Franco. Sí, puede ser, estas minas deben tomar speed con vodka, esas cosas. Pero el clericot es dulce y además tiene fruta, les gusta, me parece. ¿Son todas de la revista las que vienen? No, vienen con amigas. Hay una amiga de Lola, medio brasilera, que tiene un culo para poner en un marco. ¿Sonó el timbre?

Cuando el departamento está lleno de gente y música y humo, Emilio baila en el montón con un vaso en la mano. Ya parece medio frágil. Hay gente sentada en el piso en grupos hablando. Emilio baila con una chica de rulos y vestido corto celeste. De vez en cuando se frotan bailando y ella levanta los brazos. Se sonríen. Tengo que ir al baño, le dice ella al oído. Emilio la sigue y van juntos al pasillo. Hay cola. ¿Esta es la cola para el baño? Una chica de anteojos les dice que sí. Se quedan ahí esperando y Emilio le dice a la chica de rulos: Te voy a decir un secreto. La chica lo deja acercarse. Emilio le habla al oído. Ella sonríe y le dice: Esa no la había escuchado nunca, la que conocía era "Estás más buena que el pollo con papas". ¿Vos sos medio brasilera? Sí, ¿cómo sabés?, mi mamá es brasilera, viví de chica en Brasil. Emilio le da un beso en el cuello, y después se besan en la boca. Cuando paran ella dice: ¿Vos no estás casado?, te vi el anillo. Sí... pero no. Ya la cosa no... Se siguen besando. Me estoy haciendo pis, dice ella. ¿Querés que nos vayamos? Dale, contesta ella.

Se aprietan en un rincón del ascensor. ¿Cómo te llamas? Emilio, ¿vos? Sandra. En la calle Sandra hace pis

entre dos autos estacionados. No mires. No miro. ¿No viene nadie? No. ¿Qué hacés con un bolso?, le pregunta ella cuando ya están caminando. Tenía que traer cosas a lo de Franco. ¿De dónde lo conocés a Franco? De la facultad, hace como diez años que lo conozco, ¿y vos? Es amigo de una amiga. Pará que te doy un beso acá que la luz de la calle te pone muy sexy, dice Emilio. Se besan en la entrada de un edificio y cuando él le empieza a levantar el vestido, ella dice: Acá no. Él le dice: Vamos a un telo que hay acá a la vuelta en Arenales.

Entran al telo, él paga y buscan el cuarto que les tocó. Cierran la puerta por dentro y ella dice con voz de locutora: Bienvenidos a Juntos Hotel, recuerden que... Y una voz grabada dice por el speaker: Bienvenidos a Juntos Hotel, recuerden que contamos con room service, gracias por elegirnos. Él la mira sorprendido y se ríen. ¿Tenés acciones acá? Venía con un novio, no debería haber hecho eso, estoy muy borracha, me quiero duchar. Nos duchamos juntos, dice Emilio. Ella enciende la luz del baño, pero la apaga porque es demasiado brillante. Él abre las canillas y regula la temperatura del agua que sale con mucha fuerza. Emilio le saca el vestido por arriba de la cabeza. Ella lo ayuda a sacarse la remera. Se desvisten tratando de no dejar de besarse, pero no pueden. Él tiene que sacarse el jean a los tiros, le queda una pierna atascada y patear el jean hasta que se le sale. Ella se mete en la ducha y él detrás.

La empieza a enjabonar abajo del chorro. Le enjabona las tetas, ella se pone de cara a los azulejos, dándole la espalda. Emilio le sube la mano entre los muslos, le hunde la mano entera de canto entre los cachetes con mucho jabón. Sandra, tenés un culo tan paradito y apretado que te meto la mano y me saca el anillo, ¿sentís?, dice él asombrado, repitiendo el movimiento. Es como un destapador tu culo. De repente algo sale mal. ¿Qué pasó? dice ella. Él se agacha. Se me cayó, pará, no te muevas, prendé la luz. ¿Me quedo quieta o prendo la luz? Prendé la luz, dice él y cierra las canillas.

En cuatro patas Emilio busca por el piso de la ducha pero no encuentra nada. ¿No te habrá quedado en...? ¡No!, ¡cómo me va a quedar a mí!, dice ella. Me parece que se fue por la rejilla, dice él. Trata de mirar adentro de la rejilla. ¿Tan flojo te quedaba? Sí, siempre me quedó medio flojo. Ella se envuelve en una toalla y se sienta sobre la tapa del inodoro, cruzando las piernas, sin decir nada. ¿Qué hago?, pregunta él desesperado. ¿Pero está ahí? No sé, no lo veo. Usá la luz del celular. Él busca su celular y con la lucecita alumbró dentro del desagüe. ¡Ahí está! Hay como un codo en el caño y está justo ahí, lo veo. Bueno, pará, dice ella, tranquilízate, vestite y pedí en recepción que venga alguien.

Él insiste con que lo va a poder sacar solo. Necesito algo largo, un alambre. Da vueltas por el cuarto buscando algo que le pueda servir. Vestite que me ponés nerviosa. ¿Vos nerviosa?, ¿y yo qué? Eh, bueno calmate, ¿no era que ya no iba más la cosa con tu mujer? ¿Y vos



qué sabés? Vos dijiste. Si ya no estás con ella, dejalo ahí el anillo, ¿para qué lo querés? No entendés nada, nena. ¿Qué cosa no entiendo?, ¿que sos un careta? Emilio se queda callado y después le dice: El día que te cases lo vas a entender, ahora sos muy chica. Bueno, perdoná, qué tonito sabihondo, dice ella. Emilio la mira. Quizá con eso que tenés al cuello lo puedo sacar. ¿Mi cadena?, ni en pedo, no vas a meter mi cadena ahí. Tiene un gancho perfecto para sacarlo. No. Emilio se pone los jeans y la remera, revuelve en su bolso, trae las llaves y un botín de fútbol al baño. ¿Qué hacés con un botín? Sin contestar, él saca uno de los cordones, saca todas las llaves de la arandela del llavero y la tuerce. Se lastima los dedos, la dobla contra el mármol del lavamanos hasta que queda como una ese y la ata al cordón.

Ella se viste y se vuelve sentar sobre el inodoro cerrado, secándose el pelo y peinándose. No me voy de acá hasta que lo saco, dice Emilio. Con el cordón ya metido en la rejilla, lo baja y sube con una mano mientras con la otra trata de iluminar dentro del caño con la luz del celular. A una amiga una vez se le quedó el auto en un telo, dice ella, cuando volvió al garaje no arrancaba, tuvo que entrar el auxilio. Emilio no contesta. Dice "carajo", en cada intento fallido. Ella se pone los zapatos y dice: Tomalo como una señal, esto te libera, ya está, se terminó lo que te hacía su-

frir, yo me separé de mi novio hace dos meses y fue una liberación total, a veces a las relaciones que no funcionan hay que dejarlas que se vayan así, por el caño... Te podés callar, nena, bastante difícil es tratar de sacar esto de acá como para encima tener que escuchar tus comentarios de pendeja pelotuda. Sandra hace una pausa, se levanta y abre de golpe las dos canillas. Cae un chorro poderoso sobre Emilio, que dice ¿Qué hacés? y trata de cerrar las canillas y tapar el desagüe con el pie. Se oye el portazo de Sandra que se va. Empapado, Emilio trata de que no entre agua por la rejilla, se agacha, mira de nuevo con la luz del celular y dice: Mierda, pendeja hija de puta. Se queda sentado en la ducha, con el jean y la remera mojados.

Camina despacio por la calle con el bolso al hombro. Vuelve al departamento donde estaba la fiesta. Queda poca gente. Lo busca a Franco entre los grupitos de borrachos. Franco está en la cocina. ¿Qué te pasó?, ¿está lloviendo? Emilio le cuenta, hablan un rato. Franco se ríe, después dice: ¿Y si mandás a hacer otro? No, se va a dar cuenta, además tenía su nombre grabado, los mandó a hacer ella. Lo único que se me ocurre es que le digas que te afanaron por la calle. ¿El anillo solo? Y algún documento. ¿El celular no? Guardá el chip y dejá el aparato acá, dice Franco. No me va a creer, se va a dar cuenta de que no me pasó nada, tendría que estar golpeado, así

por lo menos cree que defendí el anillo, si no... Se quedan callados. Pegame en la cara. No, dice Franco, estás loco. Una sola trompada, dale. No. Pegame con algo, te lo pido por favor. Pegame con la tabla de picar. Emilio insiste, agarra la tabla de madera y se la pone a Franco en la mano. Entra gente a la cocina. Franco los hace salir. Ensayan más o menos con qué envíenle a pegar. ¿Estas seguro, no? Sí, dice Emilio poniendo la cara, con las manos en la espalda. Franco le amaga un golpe plano sobre la ceja, pero se acobarda por el camino y le pega a medias y de refilón. ¡De vuelta, más fuerte, cagón de mierda, dale!, grita Emilio. Franco levanta la tabla y le pega un planazo sólido que le da justo en la ceja y el pómulo. Emilio levanta la mano para que no siga. Tiene el ojo cerrado. La ceja le empieza a sangrar. ¿Fue muy fuerte?, pregunta Franco. Está bien, dice Emilio. Te chorrea sangre, sentate un rato, le dice Franco. Pero Emilio dice que no, y se va.

Se vuelve caminando, se mancha con sangre a propósito la remera y el jean. Llega a su casa. Se saca la ropa en el lavadero y la mete en un balde que llena de agua por la mitad. En calzoncillos, se mete al baño, se mira al espejo y se limpia la sangre seca con jabón y papel higiénico. Tiene la ceja y el pómulo muy hinchados, pero ya no le sangra. Sale del baño, camina por el pasillo y entra en la oscuridad del cuarto.

The Ring

Humpday, by Pedro Mairal

Let's have a look at you, says a woman's voice from within the darkened room. Skinny and ungainly, he stands in the light of the corridor, in front of the door, wearing his football strip, looking at his new blue socks and his boots. Very professional, are they comfortable? Yes, they're a bit stiff, but I'll break them in as I play. Well, I'm off. Don't be late home, Emilio, says the woman. We might have a beer after the match, he says, and he leaves with his bag over his shoulder.

Outside night has already fallen. Emilio crosses Plaza Las Heras, checks that no-one is coming, and, behind a tree, rubs his boots on the grass and against the trunk of the tree, drags his feet along the ground, and rubs the sole of each foot against the sock on the other leg until they are stained. He continues walking across the

square. After walking for several blocks, he presses a buzzer in the doorway of a building, and the door is opened for him.

Upstairs his friend Franco lets him in and starts laughing at his outfit. Don't laugh. It was a birthday present. If I don't wear football gear, she doesn't believe me. Franco says, Come and help me, I'm cutting up fruit to make clericot. Let me get out of this first, says Emilio, and he goes into the bathroom.

In the kitchen, now wearing jeans and a T-shirt, he helps Franco cut up fruit and prepare pitchers while they smoke a joint. But your football shirt isn't going to stink of sweat, says Franco. So what do you want me to do, go running? I've already dirtied the boots, and I balled up the shirt and put it in my bag. You think she doesn't know? I don't think so, says Emilio. But has she not said anything? She tells me not to be late. But I don't think she even cares any more. Sometimes I get home before morning, I get into bed and she wakes up and makes herself breakfast, I sleep through the morning, then I go to the office and she has a siesta. We take turns, like they did during the Industrial Revolution when they had shifts for sleeping in the same bed. And what does she do all day? I don't know, sleeps and eats. How long is it since she lost the baby? Almost a year. They continue cutting up apples and peaches. Isn't clericot a bit of an old man's drink? asks Franco. Yeah, maybe, these chicks probably drink vodka and Red Bull and the like. But clericot is sweet, and it has fruit,

I think they'll like it. The ones that are coming, are they all from the magazine? No, they're bringing friends. There's a friend of Lola's, half Brazilian, with an ass that should be framed. Was that the doorbell?

Once the apartment is full of people and music and smoke, Emilio dances in amongst them with a glass in his hand. He already appears a little the worse for wear. There are people sitting on the floor in groups, talking. Emilio is dancing with a girl with curly hair wearing a short blue dress. From time to time their bodies touch as they dance and she raises her arms. They smile at each other. I have to go to the bathroom, she says into his ear. Emilio follows her and they go together into the passageway. There is a queue. Is this the line for the bathroom? A girl in glasses says yes. They stay there waiting and Emilio says to the girl with the curls: I'm going to tell you a secret. The girl lets him move closer. Emilio says something into her ear. She smiles, and says: I've never heard that one before, the one I know is 'I would kill a whale with my flip-flop for you'. You're half Brazilian? Yes, how did you know, my mother is Brazilian and I lived in Brazil as a girl. Emilio kisses her on the neck, and they begin kissing each other on the mouth. When they stop she says: You're not married are you? I saw your ring. Yes...and no. Right now, no... They continue kissing. I'm going to burst, she says. You want to go? OK, she replies. They press together in a corner of the elevator. What's your name? Emilio, you? Sandra. In the street, Sandra pees between two parked cars. Don't look. I'm not loo-



king. Is anyone coming? No. What are you doing with a bag, she asks once they start walking. I had to bring some things to Franco's. How do you know Franco? From university, I've known him about ten years, and you? He's a friend of a friend. Stop while I kiss you, the streetlights make you look very sexy, says Emilio. They kiss in the entrance of a building, and when he starts to lift up her dress, she says: Not here. He says: There's a small hotel round the corner in Arenales, let's go there.

They go into the hotel, he pays and they look for the room allocated to them. They lock the door on the inside and she says, in an announcer's voice: Welcome to Together Hotel, remember that... And a recorded voice announces through a speaker: Welcome to Together Hotel, remember that we offer room service, thank you for choosing us. He looks at her with surprise, and they laugh. Have you got shares in the place? I came here with a boyfriend, I shouldn't have, I'm very drunk, I want to have a shower. We'll shower together, says Emilio. She turns on the bathroom light, but turns it off again because it is too bright. He turns the taps and adjusts the temperature of the powerful jet of water. He removes the dress over her head. She helps him take off his T-shirt. They try not to stop kissing as they undress, but they can't. He has to tug at his jeans to get them off, one leg remains stuck and he kicks until it is freed. She gets into the shower, and he follows.

She starts to lather up under the stream of water. She lathers her breasts, turning to face the tiled wall with her back to him. Emilio moves his hand up between her thighs. He sinks his whole hand sideways between her buttocks with lots of soap. Sandra, your ass is so firm and tight that when I put my hand in it, my ring slips off, can you feel it? he says with astonishment, repeating the movement with his hand. Your ass is like a bottle opener. All of a sudden something is wrong. What happened? she asks. He bends down. It fell, wait, don't move, turn on the light. Do you want me to stay still or turn on the light? Turn on the light, he says, and he turns off the water. Emilio searches the bottom of the shower on all fours but finds nothing. Could it not still be in...? No! How could I still have it! she says. I think it went down the drain, he says. He tries to look inside the plughole. Is it always so loose? Yeah, it was always pretty loose. She wraps a towel around herself and sits on the toilet lid, crossing her legs, without speaking. What am I going to do? he asks in despair. Well, is it there? I don't know,

I don't see it. Use the light on your cellphone. He gets his cellphone and shines it into the plughole. It's there! There's a bend in the pipe and it's just there, I can see it. OK, wait, she says, calm down, get dressed and ask someone to come from reception.

He insists he will be able to get it himself. I need something long, like a piece of wire. He goes around the room looking for something that will work. Get dressed, you're making me nervous, she says. You nervous? What about me? Oh, calm down, wasn't it over between you and your wife anyway? And what would you know about that? You told me. If you're not together any more, leave the ring here. What do you want it for? You don't understand anything, kiddo. What don't I understand, that you're two-faced? Emilio says nothing at first, then says: The day you get married, you'll understand. Right now you're very young. Well excuse me, Mr Know-it-all, she says. Emilio looks at her. Maybe we can get it out with that thing round your neck. My chain? Not a chance, you're not putting it in there. It has an ideal clasp for pulling it out. No. Emilio puts on his jeans and his T-shirt, goes back into his bag, and takes his keys and a football boot into the bathroom. What are you doing with a football boot? Without replying, he removes one of the laces, takes all of the keys off the keyring and twists it. It hurts his fingers, so he bends the keyring against the marble of the washhand basin until it is shaped like an S, and ties it to the bootlace.

She gets dressed and sits back down on the toilet seat, drying and combing her hair. I'm not leaving here till I get it out, says Emilio. With the lace already in the drain, he lowers and raises it with one hand while, with the other, he tries to illuminate the inside of the pipe with the light from his cellphone. A girlfriend of mine once parked her car at a hotel like this, the girl says, and when she went back for it it wouldn't start, and she had to call a tow truck. Emilio doesn't reply. He says "Shit" every time an attempt fails. She puts on her shoes and says, Take this as a sign, this means you're free, it's over, your suffering is over, I split from my boyfriend two months ago and it was completely liberating. Sometimes we have to let relationships that aren't working do that, go down the drain... Will you shut up, woman, it's hard enough trying to get this out of here without having to listen to your dumbass comments in addition. Sandra pauses, gets up and turns on both taps in the shower. A powerful jet of water falls on Emilio, who says What are you doing? and tries to turn off the taps and cover the plughole with his foot.

He hears the door slamming as Sandra leaves. Soaked, Emilio tries to prevent any more water running down the drain, bends down, looks again with the light of the cellphone and says: Shit, stupid son of a bitch. He remains seated in the shower in his damp jeans and T-shirt.

He walks slowly along the street with his bag over his shoulder. He returns to the apartment where the party took place. There are only a few people left. He looks among a bunch of drunk guys for Franco. He finds him in the kitchen. What happened to you, is it raining? Emilio tells him what happened and they talk for a while. Franco laughs, and then says: What if you get another one made? No, she'll realise, and anyway it had her name engraved on it, she had them do that. The only thing I can think of is to tell her you were robbed in the street. Just the ring? Some papers as well. Not my cellphone? Keep the chip and leave the handset here, says Franco. She's not going to believe me, she's going to realise that nothing happened to me, I would need to have been beaten up, that way at least she would believe I tried to save the ring, if not... They say nothing for a moment. Hit me in the face. No, Franco says, you're crazy. Just one punch, come on. No. Hit me with something, please. Hit me with the chopping board. Emilio is insistent, he grabs the wooden board and puts it in Franco's hand. Some people come into the kitchen. Franco makes them leave. They rehearse more or less how he's going to hit him. You're sure? Yes, says Emilio, holding out his face with his hands behind his back. Franco goes to hit him square on the eyebrow, but he loses his nerve as the blow falls and hits Emilio a glancing, sideways blow. Hit me again, harder, you fuckin' chicken, come on! yells Emilio. Franco lifts the chopping board and gives him a solid whack which lands square on his eyebrow and his cheekbone. Emilio raises his hand to tell him to stop. His eye has closed. His eyebrow starts to bleed. Was that really hard? asks Franco. It was fine, Emilio says. You're bleeding, sit down for a minute, Franco tells him, but Emilio says no and leaves.

He walks again. He deliberately lets his T-shirt and jeans stain with blood. He arrives home. He takes off his clothes in the laundry room and puts them in a bucket half-filled with water. In his underwear, he goes into the bathroom, looks at himself in the mirror and wipes off the dried blood with soap and toilet paper. His eyebrow and cheek are very swollen, but the bleeding has stopped. He leaves the bathroom, walks along the passageway and enters the darkness of the bedroom.

Pedro Mairal



Nació en Buenos Aires en 1970. Su novela *Una noche con Sabrina Love* recibió el Premio Clarín de Novela en 1998 y fue llevada al cine en 2000. Publicó además las novelas *El año del desierto* y *Salvatierra*; un volumen de cuentos, *Hoy temprano*, y dos libros de poesía, *Tigre como los pájaros* y *Consumidor final*. Ha sido traducido y editado en Francia, Italia, España, Portugal, Polonia y Alemania. En 2007 fue incluido, por el jurado de Bogotá39, entre los mejores escritores jóvenes latinoamericanos. En 2008 escribió junto con Carlos Sorín el guión de la película *La ventana*.

Born in Buenos Aires in 1970. His novel *Una noche con Sabrina Love* won the Clarín Best Novel prize in 1998 and was adapted for cinema in 2000. He has also published the novels *El año del desierto* and *Salvatierra*; a volume of short stories, *Hoy temprano*; and two books of poetry, *Tigre como los pájaros* and *Consumidor final*. His works have been translated and published in France, Italy, Spain, Portugal, Poland and Germany. In 2007 the jury of Bogotá39 ranked him amongst the best young writers in Latin America. In 2008 he co-wrote the screenplay for the film *La ventana* with Carlos Sorín.

Presupuesto irrestricto

L'Enfer d'Henri-Georges Clouzot (p. 163), por Cecilia Pavón

El camino más largo / es un eco, / un sonido como una imagen / en expansión, figuras que crecen una tras otra en orden ascendente / o descendente, todos nosotros / un pensamiento que sube y que cae, una explosión / de vacío que se olvida enseguida

Robert Creeley

Escucho dos campanadas: son las dos, todavía puedo dormir seis horas. Anoche no dormí, esta es mi segunda noche de insomnio. Mi marido respira fuerte, se da vuelta, mueve la mano de una manera extraña. Trato de leer los movimientos que hace en la cama como si fueran letras. Algo escribe en las arrugas de las sábanas, quizás con una tipografía inusual, como esas que producen un efecto alucinatorio en el lector. Pero está todo demasiado oscuro para leerlo. Entonces pienso que soy ciega, que conozco el sistema Braille y que descifro con el tacto su escritura sobre la superficie de la cama. Y también el siseo animal de sus exhalaciones escribe algo en el espacio recalentado del hotel. Como si los caracteres, los sonidos, las letras colgaran de un material viscoso hecho de aire y calor. De repente, hace un movimiento brusco, ¿qué palabra está tratando de escribir? Quizás no sea una palabra sino la sílaba suelta, sin sentido, de un poema violento, gutural, un poema hecho sólo de ruidos. Hay poetas que escriben así. Hoy leyó uno, un belga como de dos metros y barba, que, durante los almuerzos hace chistes absurdos que corona con una mueca amable y estúpida. Emitía esos sonidos parado en el medio del escenario, haciendo largas pausas. Después, un argentino leía la versión en español, pero la traducción era idéntica al original, salvo por el acento. Era perfecto, un poema

universal comprensible por todos. Yo, que escribo cosas cargadas de sentido, me sentí avergonzada del énfasis de mi poética. Yo, que siempre estoy buscando decir algo, que siempre intento conmover a los lectores a través de mis experiencias más íntimas, sentí que mi escritura era antigua, pasada de moda, que todavía me faltaba muchísimo para montarme al caballo de la contemporaneidad, al tren luminoso del vacío, al vehículo del presente. Tal vez mi insomnio se deba a mis dudas, o a mi excitación. Me paraliza, pero también me excita haber sido invitada a este festival. Porque soy un cuerpo extraño en este ámbito. En el viaje de ida, pensaba que se habían equivocado, que invitarme había sido un error de los organizadores. Si yo siempre siento que lo que escribo no le importa a nadie, que escribo mal, con un estilo pobre, lleno de errores de sintaxis y baches gramaticales; pura pérdida de energía, que a nadie finalmente puede tocar salvo a mí misma y a mis fantasmas, a pesar de que secretamente guardo la esperanza de tocar a los fantasmas de otros también. ¿Qué tengo yo que hacer en un lugar donde todo se trata de demostrar que se escribe bien, que se encontró una herramienta lo suficientemente impersonal para que la puedan utilizar los otros?. En el fondo la poesía es eso, o eso es lo que debería ser... Me aterroriza no saber si alguna vez lo lograré.

La campana de la iglesia vuelve a sonar tres veces, entonces son las tres. ¿Estuve despierta o dormí durante la hora que acaba de pasar? Lo maravilloso del insomnio es que el tiempo se vuelve plegable. Vi cosas, de eso estoy segura. Cosas que no sé si salieron del sueño o del espacio en el que me encuentro. Líneas, estrabismo, balanceo. Líneas difusas, sueltas, provocadas por la interacción de las sombras y las cosas. Cosas duras que están ahí, o que al menos estaban ahí cuando lle-

gamos; una cama, una ventana, un televisor, una reproducción de Manet sobre la pared enmarcada con un vidrio opaco, un espejo iluminado tenuemente por una lámpara Tiffany. ¿Por qué si esas cosas eran durante el día objetos precisos y claros, ahora no son más que líneas que se pierden, contornos que se entrelazan como una trama de mimbre y que sólo me provocan mareo, malestar, confusión? Dos noches sin dormir, casi cuarenta horas en vela. Es como si la habitación se hubiese transformado en una obra de op art gigante que quiere llegar a mi mente con violencia para decirme que en realidad no hay nada que ver, que la vista es un sentido inútil, que el ojo no tiene nada que apresar en el mundo. Sé que estoy en 2009, todavía conservo cierta conciencia del calendario, pero me siento como en uno de esos liquid light shows que se hacían a ambos lados del Atlántico a mediados de los sesenta en locales clandestinos. No sé si los hubo también en Latinoamérica, quizás tiempo y espacio hayan sido alterados, quizás haya habido un ataque nuclear en alguna parte del planeta y mi habitación haya sido arrojada a una era psicodélica; como ese cuento de Philip K. Dick en el que unos soldados del nuevo orden temporal encuentran a una familia flotando en el pasado y se abalanzan a robarles toda la comida que tienen en la heladera.

Cuatro campanadas, mi marido puso el despertador a las ocho para ir a desayunar juntos. Sólo me quedan cuatro horas, lentamente se aleja la esperanza de dormirme. Sin la perspectiva del descanso se debilita cualquier idea de proyecto. No sé si lograré terminar de corregir los poemas que tenía pensado leer. No sé si podré concentrar el aire necesario para emitir las sílabas que forman esas palabras escritas en las hojas que imprimí antes de salir. Pienso en mis inseguridades, Me pregunto si los demás poetas compartirán



mis miedos. Si estarán durmiendo tranquilamente o si también darán vueltas en sus camas como yo. Imagino diálogos con ellos. ¿Los imagino o los estoy teniendo realmente? ¿Es telepatía o es sueño? Escucho cinco campanadas, entonces no me he dormido todavía...

—No quiero leer sentada rígidamente frente a un micrófono con la luz de un reflector quemándome los ojos— dice una poeta peruana mientras aprieta su libro fuerte contra el pecho. Es un volumen de color negro con la ilustración de una serpiente de escamas plateadas. Me gustaría que pusiéramos las sillas en círculo y nos confesáramos nuestros miedos —Y alguien, cuya voz es espesa e irreconocible, contesta:

—¿Cuántos de nosotros se sienten seguros con lo que hacen y cuántos temen ser rechazados?

—Sí, sí, —agrega una poeta alemana que está vestida con unos jeans rotos—, debemos poner las sillas en círculo y después leer un sólo poema cada uno, el mejor que tengamos. La capacidad de escucha del público es limitada, es posible que a los oyentes les interesen

más nuestros miedos que nuestros textos. Lo que necesitamos es un presupuesto irrestricto, pero no en un sentido económico. O sí, pero en una economía de la escucha y no del dinero. Insisto, la capacidad de escucha es limitada, este hecho no ha sido considerado por los organizadores del festival.

Y un poeta guatemalteco que escribe sobre los indígenas agrega balbuceando:

—Quizás habría que ampliar los recursos... es decir, ampliar la capacidad de escucha, producir en los oyentes una disponibilidad infinita de escucha... pero no se me ocurre cómo hacerlo... si lo lográramos, no existirían los egos, las jerarquías, ¿qué son las luchas estéticas sino luchas por la atención escasa del prójimo? Si no existiera la escasez, no existiría la guerra. Cada poeta debería tener a toda la humanidad a su disposición para que lo escuchara y aplaudiera.

Entonces alguien dice: una poesía hecha por robots. Y se desata un coro de aplausos, como una cascada ensordecedora que desciende sobre mi cama y mi cuerpo.

Festivales de poesía con las sillas en círculo donde se lea poesía hecha por robots, eso es lo que todos quieren, hemos llegado a una conclusión, me digo a mí misma, murmurando, y me agito un poco en la cama, como una convulsión leve, mientras allá afuera, en la iglesia que está a tres cuadras del hotel, suenan siete campanadas. Está claro que ya no tiene sentido dormir. Voy a levantarme y a vestirme, voy a maquillarme y a esperar que se despierte mi marido para bajar al bar. Ya no tengo miedo, ahora sé que todos los poetas son iguales a mí, que desean lo mismo que yo: ser suplantados por robots, ser salvados del miedo. Es emocionante saber que desde ahora la poesía será perfecta y que nunca más tendré que volver a escribir.

Unlimited Budget

Henri-Georges Clouzot's *Inferno*, by Cecilia Pavón



The long road of it all/ is an echo, a sound like an image/ expanding, frames growing/ one after one in ascending/ or descending order, all/ of us arising, falling/ thought, an explosion/ of emptiness soon forgotten.

Robert Creeley

I hear a bell chime twice: it's two in the morning, I can still get six hours' sleep. I didn't sleep last night, this is my second night of insomnia. My husband breathes heavily, turns over, moves his hand strangely. I try to read his movements in bed as if they were letters. He writes something on the creased bedsheets, an

unusual font perhaps, like those that produce a hallucinatory effect in the reader, but it's way too dark to see what he writes. Then I imagine that I'm blind, that I understand Braille and can decipher his words on the surface of the bed by touch. At the same time the hiss of his breathing forms words in the overheated air of the hotel room. It's as if the characters and sounds and letters all cling to some sticky substance made of air and heat. He makes a sudden movement. What word is he trying to write? Maybe it wasn't a word but a single syllable, without meaning, from a violent, guttural poem made only of sounds. There are poets who write in that way. One read today, a Belgian about two metres tall with a beard who, every lunchtime, tells ridiculous

jokes and makes stupid funny faces as he delivers the punchlines. He made the sounds standing in the middle of the stage, amid long pauses. Afterwards, an Argentinian read the Spanish version, but the translation was identical to the original, except for the accent. It was perfect, a universal poem understandable by everyone. I, who write things full of meaning, felt embarrassed by the emphatic tone of my poetics. I, who am always seeking to say something, who am always trying to move the reader with my most intimate experiences, felt that my writing was dated, out of fashion, that I still had a long way to go to climb aboard the bandwagon of modernity, the shiny train of nothingness, the transport of today. Maybe my reservations have caused my

insomnia, or my uneasiness has. Being invited to this festival has both paralyzed me and got me all worked up, because I am out of place in this environment. On the way here, I decided that inviting me had been a mistake by the organizers. If I always believe that what I write means nothing to anyone else, that my style of writing is poor, full of syntax errors and grammatical potholes; a complete waste of time which at the end of the day is not able to affect anyone other than me and my ghosts, despite me secretly hoping to touch the ghosts of others too: what right do I have to be in a place where everything is about demonstrating that you write well, that you have found a tool sufficiently universal that others can use it? At heart, that's what poetry is, or ought to be... It terrifies me not to know whether I will ever achieve it.

The church bell chimes again, three times, so it's three o'clock. Was I awake or asleep during the past hour? The wonderful thing about insomnia is that time becomes flexible. I saw things, I'm sure of that. Whether they were things in my dreams, or things in this room, I don't know. Lines swaying, making you cross-eyed. Soft, vague lines, created by the interaction between shadows and objects. Hard objects which are here, or at least were here when we arrived: a bed, a window, a television, a Manet reproduction, framed in opaque glass, on the wall, a mirror lit by the faint light of a Tiffany lamp. Why, when these things were clear, precise objects during the day, are they now merely lines which disappear, outlines which intertwine like wicker weave and only make me dizzy, uneasy, confused? Two nights without sleep, I've been up for almost forty hours. It's as if the room has been transformed into a giant piece of op art which wants to reach into my mind violently to tell me that there is really nothing to see, that sight is a pointless sense, that there is nothing in the world which the

eye can capture. I know it's 2009, I have retained some awareness of time, but I feel like I'm in one of those li- quid light shows they put on at clandestine locations on both sides of the Atlantic in the middle of the sixties. I don't know if they also did them in Latin America, maybe time and space have been altered, maybe there has been a nuclear attack somewhere on the planet and my room has been flung into a psychedelic era, like that story by Philip K. Dick in which some soldiers from the new time period find a family floating in the past and pounce to rob them of all the food in their fridge.

Four chimes. My husband set the alarm for eight so we could go to breakfast together. I only have four hours left. Any hope of sleeping is slowly fading. Without the prospect of sleep, any thought of working fades. I don't know if I will manage to correct the poems I had planned to read. I don't know if I will be able to produce the air needed to utter the syllables that form the words written on the pages I printed before I left. I think about my insecurities. I ask myself if the other poets share my fears. If they are sleeping peacefully or if they are also tossing and turning. I imagine conversations with them. Do I imagine them or am I really having them? Is it telepathy, or a dream? I hear five chimes, so I still haven't slept...

"I don't want to read sitting frozen in front of a microphone with a spotlight burning my eyes", says a Peruvian poet while clasp- ing her book, which has a black cover with a drawing of a snake with silver scales, to her chest. "I'd like them to have put the chairs in a circle, and us to confess our fears."

A thick, unrecognizable voice replies: "How many of us feel confident in what we do, and how many fear rejection?"

"Yes, yes", adds a German poet wearing ripped jeans, "we should put the chairs in a circle and then each read a single poem, our best. The public's capacity for

listening is limited, it's possible that the listeners will be more interested in our fears than in our writing. What we need is an unlimited budget, but not in an economic sense. Well yes, but an economy of listening, not of money. I repeat, the capacity for listening is limited, the festival organizers have not considered that fact." A Guatemalan poet who writes about indigenous peoples adds, stammering:

"Maybe what we need is to increase the resources - in other words, increase the capacity for listening, create in the listeners an infinite ability to listen... but I can't think how... if we managed it, there would be no egos, no rank. What are aesthetic struggles, if not a struggle for the scarce attention of one's fellow men? If there were no scarcity, there would be no war. Every poet should have the whole of humanity at his disposal so that it might listen to him and applaud him."

Then someone says, "Poetry written by robots." And a chorus of applause is unleashed, like a deafening waterfall which tumbles onto my bed and my body. Poetry festivals with chairs in a circle where they read poetry written by robots, that's what everyone wants, we've reached a conclusion, I murmur to myself, and my body jerks slightly in the bed, like a mild convulsion, while outside, in the church three blocks from the hotel, the clock strikes seven.

There's clearly no longer any point in sleeping. I'm going to get up and get dressed, put on my makeup and wait for my husband to wake so we can go down to breakfast. I'm no longer afraid, I now know that all poets are like me, that they want the same as me: to be replaced by robots, to be rescued from fear. It moves me to know that from now on poetry will be perfect, and that I will never have to write again.

Cecilia Pavón



Nació en Mendoza en 1973. Es Licenciada en Letras por la UBA. En 1999 fundó junto con Fernanda Laguna el espacio de arte y editorial independiente Belleza y Felicidad. Ha publicado los poemarios: *¿Existe el amor a los animales?*, *Un hotel con mi nombre*, *Virgen y Caramelos de Anís*. Relatos suyos aparecieron en las antologías *Escala 1:1*, e *Historias de mujeres infieles*. En 2010 aparecerá en la antología *Junge argentinische literatur* en la editorial Wagenbach de Berlín. Como traductora ha publicado *Caos portátil*. *Poesía joven de Brasil* (México, 2007), *Devolver el fuego*. *Siete poetas actuales de Berlín*, *Mecánica de la distracción* de Camila do Valle, entre otros. Actualmente reside en Buenos Aires y trabaja como traductora de alemán, inglés y portugués.

Born in Mendoza in 1973. She has a Literature degree from the University of Buenos Aires. In 1999, along with Fernanda Laguna, she established the independent art and publishing venue Belleza y Felicidad. She has published the poetry collections *¿Existe el amor a los animales?*, *Un hotel con mi nombre*, *Virgen and Caramelos de Anís*. Some of her tales were included in the anthologies *Escala 1:1* and *Historias de mujeres infieles*. In 2010 her work will be included in the anthology *Junge argentinische literatur*, to be published by Wagenbach de Berlín. Her translations of, among others, *Caos portátil*. *Poesía joven de Brasil* (México, 2007), *Devolver el fuego*. *Siete poetas actuales de Berlín*, and *Mecánica de la distracción* de Camila do Valle, have also been published. She currently lives in Buenos Aires and works as a translator of English, German and Portuguese.

Crisis mundial

Louise-Michel (p. 194), por Sol Prieto



Julia entró a la oficina oscura corriendo mientras sonaba el teléfono. "¡Menos de una hora tarde!". Y se puso contenta. En el mismo movimiento en el que corrió hasta el teléfono pateó un tacho que los de limpieza habían dejado fuera de su lugar, que es abajo del escritorio. Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó, y tomó aire para no sonar agitada ante quien ella pensaba que era su jefe.

— Internacionales.

— Sí, hola, compañera, ¿quién habla?

— Julia, ¿quién habla?

— ¡Julita!, qué hacés. Mirá, yo soy Fabián, de acá de la cooperativa de la Juana Azurduy.

— ¿Qué hacés, Fabi?

— Bien, acá, construyendo. Che, te llamaba porque nos llegó una invitación a un foro de autogestión y crisis mundial, en San Pablo, y quería saber cómo se hace.

— ¿Cómo se hace qué?

— Y... yo diría... eeeeh... lo de viajar, el hospedaje, el pasaje, los temas que se van a hablar, quiénes van.

— ¿Eso no está en la invitación?

— Yo le diría a la chica que tengo yo acá, pero estamos con muchas cosas, viste, por el congreso de autogestionados de acá de provincia, porque ahí va a haber que definir la posición frente a la Coordinación y estamos medio en minoría.

— Yo acá también estoy con bastante laburo.

— Sí, me imagino. Pero nosotros estamos en minoría, viste, así que estamos laburando ese tema acá en conjunto con los compañeros de todo lo que es área sur y Bahía Blanca Solidaria que están laburando a full el tema de la pastera para el Encuentro Ambiente, que si lo charlamos bien, va a tener una expresión eso en una comisión Hacia la Coordinación, pero no sabemos, viste, por eso lo tenemos que laburar.

— Bueno, no te preocupes. La invitación qué te la mandaron, ¿por mail?

— Eeeeh sí, por correo.

— ¿Pero por correo electrónico o te mandaron una carta, una tarjetita?

— Me mandaron por mail y me mandaron una revista. Ahora te mando una moto con la revista, ¿dale?

— No, pero mandame el mail.

— ¿Eh?

— El mail. Si la info está en el mail, es más importante el mail.

— Bueno, ¿y la revista?, ¿qué hago?

— No sé, ¿qué dice la revista?

— Y... debe ser todo el tema de autogestión acá en Latinoamérica, ¿viste? Que está como muy fuerte todo el tema

— Tá, ok, ¿pero la leíste?

— Sí, la miré.

— ¿La miraste cómo? ¿La abriste, ponela?

— Más que nada la tapa, pero, sí, sí, puede ser que sea todo lo de autogestión. La miré un poco.

— Bueno, mirá la revista y mandámela solo si tiene algo del foro. De información que nos sirva para el foro. Que nos sirva ahora. Después vemos, si hay que hacer alguna presentación o algo. ¿Vos vas a ser panelista?

— No sé.

— ¿No sabés si viajás vos u otro o no sabés qué es lo que vas a hacer allá?

— Supongo que debe ser de sí, deeee... de panelista porque nosotros con lo de la Juana Azurduy creamos 245 puestos de trabajo en Alto Comedero, Palpalá, Parapetí, y con lo de Bahía Blanca Solidaria armamos una cooperativa que le dio trabajo a 37 familias numerosas, con todo en orden, con los papeles, todo.

— Bueno, pero en la invitación no te lo dijeron.

— No.

— Bueno, reenvíame el mail, por favor, así me pongo ya y tratamos de liquidarlo hoy.

— Bueno, ess... eeeeh... ¿internacionales?

— No, es julia@internacional.mta.org.ar

— Bueno, ahí te mando.

Julia llamó al interno del bar y pidió un cortado con dos medialunas de grasa. Encendió la computadora, abrió un cuaderno Gloria espiralado y leyó lo que tenía que hacer ese día:

- Terminar informe V Cumbre de las Américas; mandar a: mesa nacional, provinciales, locales; mandar a agencia
- Exportaciones-crisis/ Juntarlo con crisis; para Lucho
- Nota visita Pepe Mujica 19:30 salón azul; mandar a agencia
- Grupo Migraciones: llamar a grupo - convocar reunión martes 14/06 17:00 Salón Azul (listado en internacional/archivos/2009/grupos/migraciones/"listado migraciones grupo 2009").

Y agregó:

RESOLVER FORO SAN PABLO AUTOGESTIÓN

Abrió el programa de software libre equivalente al Outlook y esperó que los mails bajaran como en una cata-rata de la muerte: cien, quinientos, mil mails para filtrar. Entró a la web de Página 12, a la sección de temas internacionales de La Nación, al Folha, y al hoybolivia. Entró también al Última Hora, de Paraguay, donde hay titulares así, por ejemplo: "Sesión del Senado es levantada por altercado entre legisladores".

Julia resopló y su celular sonó.

— Internacional...

— ¿Qué?

— No, ¡Hola! ¡Quise decir "hola"!

— ¡Hola, gorda!

— ¡Hooooooolooooooolo, golllldooo, hace mucho que no te veo! ¡Pensaba que me iba a quedar viudiiiiita!

— ¿Cómo estás?

— Bieeeeeen, pero con mucho trabajo atrasado...

— Bueno, igual no te preocupes, que si querés yo hoy me voy a cenar con los chicos y así vos podés trabajar a la noche.

— No, pero no quiero trabajar a la noche. Yo te quiero ver.

— Gorditaaaaa, ¡qué linda! Pero tenés que trabajar vos.

— ¡Pero trabajo todo el día!, ¡a la noche te quiero ver a vos!

— Bueno, pero como me dijiste que estabas con mucho trabajo yo ya arreglé.

— Pero te dije que estaba con mucho trabajo, ¡no te dije que por eso quería trabajar más! O sea, si querés ver a tus amigos, perfecto. Pero no me tires la carga a mí. ¡Vos no te querés hacer cargo de nada!, o sea, ¿yo qué soy?, ¿la policía?, ¿por qué no me podés decir que preferís ver a tus amigos? O sea, ¿yo soy eso para vos?, ¿la policía que no te deja salir?, ¿eh?, ¿la ley seca soy yo?, ¿qué soy?

— Bueno, esto lo podemos hablar el fin de semana.

— ¡Pero lo quiero hablar ahora!, lo quiero hablar...

pará, tengo un llamado. Te llamo después.

Efectivamente, al lado de Julia sonaba un teléfono de línea. Tomó aire para no sonar agitada ante el llamado de su jefe y sacó un cigarrillo de la caja que había dejado arriba del escritorio:

— Internacionales.

— ¡Preciosaaaa! — Julia agarró un encendedor y encendió un cigarrillo.

– Lucho, ¿Cómo estás?
– Bien. ¿Qué hay de novedades?
– En Brasil las elecciones van bien. El PT va a mantener la mayoría.
– Ah, ¡bien!
– Sí. En Bolivia, armaron una comisión que se llama “Conalcam”, “Comisión Nacional para el Cambio”, o algo así, y está la COB.
– Uh, eso es un problema, porque nosotros los sacamos de la Coordinadora.
– Bueno, sí, igual no sé qué onda esto, no se cuánto va a durar.
– Bueno, pero ¡llamá a la COB!
– Bueno.
– ¿No llamaste todavía?
– No.
– ¿Y por qué?
– Porque me acabás de decir que llame
– No, no es así. No es así. ¿eh? ¿Esto sabés que es?, ¿Sabés cómo se llama esto que estás haciendo?
– Sí.
– ¿Cómo se llama?
– “Perder en política”.
– Bien, “perder en política”, y ¿sabés qué cabeza queda cada vez que vos perdés en política?
– La tuya.
– La mía y la del campo popular. ¿Vos querés que pierda el campo popular?
– No, Lucho.
– Bueno, pero pareciera que sí
– Bueno, te cuento otra cosa: pidieron uno a la Juana

Azurduey para ir al Foro de Autogestión en San Pablo.
– Bueno, ¿pero eso cuánto tiempo hay para contestar?
– No sé.
– Ah, no lo leíste. Perfecto.
– No, porque no nos lo mandaron a nosotros, se lo mandaron directamente a ellos.
– ¿Ah sí?
– Sí.
– Ah, mirá qué bien. O sea que la gestión va bárbaro. Invitan a los organismos por separado. Que no nos consulten nada, eh.
– Bueno, por eso te aviso.
– Yo no quiero que vos me avisés los problemas, lo que yo quiero es que vos resuelvas cosas, Julita. Yo tengo muchas cosas grandes encima, y si vos no podés estar en todo lo que yo no estoy ¿qué pasa?
– No sé.
– Perdemos en política, muñe.
– Bueno, te mando un beso.
– No, ¿qué beso? ¡Ahora que nos puentearon al menos tenemos que bajar la línea nosotros! ¿Tenés algo hecho de la crisis?
– Tengo un informe que analicé por dónde va a golpear: está desagregado según tipo de producto que se exporta y país al que se exporta.
– ¿Y cuántos puestos son?
– No sé.
– Y no se lo pediste a los de Estadística.
– No EXISTEN estadísticas a futuro de eso en un órgano del Estado, Lucho. Es un laburo aparte eso, no les corresponde.

– ¿Y se las pediste?
– ¡Sí! ¡Y me dijeron eso!
– ¿Y no las podés calcular vos?
– Sí, lo sé hacer, pero si tengo hacer todas estas cosas no llego.
– Bueno, sigamos perdiendo en política.
– ¡Pero no es falta de voluntad! ¡Yo lo haría con mucho gusto, pero hay gente que trabaja sólo de eso, ¿entendés?!
– Ah, es un tema de plata. Acá por la plata baila el mono.
– ¡No, no es plata! ¡Es TIEMPO! ¡Estoy durmiendo 4 horas por día! ¡No puedo sumar OTRA cosa más!
– Vos tenés que resolver y estás problematizando todo más. Eso es lo que sé. ¿Yo tengo algo hoy?
– Sí, te tenés que juntar con el Pepe Mujica.
– Ah, bueno, gracias por avisarme.
– Pero Lucho, ¡ya te lo recordé ayer!, ¡VOS pediste que te pida la entrevista!
– Bueno, bueno. Chau.

Julia apagó la computadora y caminó hasta la puerta de la oficina desde donde apagó la luz. Fue por un pasillo angosto hasta una escalera oscura que daba a la terraza con piso de membrana. Subió las escaleras rápido para no cansarse de más. Abrió la puerta y vio que el día era radiante. Se acostó en el suelo caliente, hizo de su campera un bollo para usarla de almohada, puso música en el MP3 y se quedó así.

Global Crisis

Louise-Michel, by Sol Prieto

Julia ran into the darkened office as the phone was ringing. “Less than an hour late!” And she felt happy. In a single movement she ran for the phone and, at the same time, kicked a bucket that the cleaners had left behind under the desk. She threw her cigarette on the floor, put it out with her foot, and took a deep breath so as not to sound flustered to the caller, who she suspected was her boss.

– International.
– Yes, hello, who’s speaking?
– Julia, who’s that?
– Hi Julia, how’s it going. Listen, it’s Fabián here, from the Juana Azurduey co-op.
– How’s it going, Fabi?
– Good thanks, we’re making progress here. I was calling because we received an invitation to a self-management and global crisis forum in Sao Paulo, and I wanted to know how to go about things.
– How to go about what?
– I mean...um... about getting there, the accommodation, the ticket, the topics they’re going to talk about, who’s going.
– Doesn’t the invitation tell you that?
– I would have asked the girl we have here, but we’re really busy here, you know, with the provincial self-management conference, because there we’re going to have to agree on a position regarding the Coalition and we are in a minority.

– I’m pretty busy here too.
– Yes, I can imagine. But we are in a minority, you see, so we are really working that theme here in conjunction with our colleagues in the whole south region and Bahía Blanca Solidarity Association, who are working flat on the pulp mill issue for the Environmental Convention, and if we present the topic well, it will be included in a “Towards Coordination” commission, but we don’t know, you see, so we have to keep at it.
– Well, don’t worry about it. How did they send you the invitation, by mail?
– Well yes, by mail.
– Yes, but electronic mail or snail mail?
– They emailed it to me and sent me a magazine in the post. I’ll send a bike over with the magazine, OK?
– No, don’t do that, but send me the email.
– Sorry?
– The email. If the information is in the email, it’s more important I get that.
– OK, and what about the magazine, what will I do with that?
– I don’t know, what does the magazine say?
– Well... it must all be about self-management here in Latin America, yeah? The whole subject is, like, really important.
– Right, OK, but did you read it?
– Yeah, I looked at it.
– How did you look at it? Did you at least open it?

– Mostly I looked at the cover... but yeah, it could be all about self-management. I did look at some of it.
– Well, look at the magazine and send it to me only if it contains anything about the forum. Any information that would help us with the forum, that would help us at the moment. Afterwards we’ll see whether we need to make a presentation or something. Are you going to be a panel member?
– I don’t know.
– You don’t know whether it’s you or someone else who is going, or you don’t know what you’re going to be doing there?
– I suppose the answer must be yes... that I’m going to be a panel member, because along with the Juana Azurduey cooperative we have created 245 jobs in Alto Comedero, Palpalá, Parapetí, and along with the Bahía Blanca Solidarity Association we have put together a cooperative which has provided work for 37 extended families, all above board, paperwork in order, everything.
– OK, but they didn’t tell you in the invitation.
– No.
– OK, forward me the email please, so I can get started on it now and we can try to deal with it today.
– OK, your address is... er... international?
– No, it’s julia@internacional.mta.org.ar
– OK, I’ll send it there.

Julia dialled the number for the cafe and ordered a

cortado and two croissants. She turned on her computer, opened a notebook with a spiral spine and read what she had to do that day:

- Finish report 5th Summit of the Americas; send to: national desk, provincial desks, local desks; send to agency
 - Exports - crisis/ Put together with crisis; for Lucho.
 - Note visit Pepe Mujica 19.30 blue room; send to agency
 - Immigration Group: call group - arrange meeting Tuesday 14/06 17.00 Blue Room (list in international/files/2009/groups/immigration/ "immigration group list 2009").
- And she added:
- SORT OUT SAO PAULO SELF-MANAGEMENT FORUM.

She opened her free Outlook-style software program and waited for the emails to download like a waterfall of death: one hundred, five hundred, a thousand emails to sort through.

She went into the websites of a number of Argentinian and other Latin American newspapers: Página 12, the international section of La Nación, el Folha, and hoy-bolivia. She also went to Última Hora, from Paraguay, where there were headlines such as: "Senate session adjourned after altercation between lawmakers".

Julia snorted, and her cellphone rang.

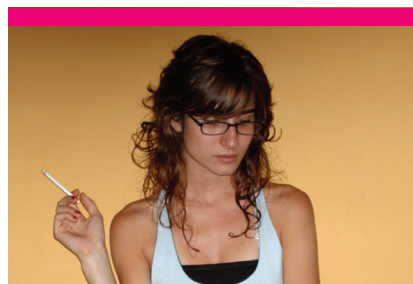
- International...
- What?
- No, hi! I meant to say "hi"!
- Hi babe!
- Hi, I thought I'd been widowed!
- How are you?
- I'm great, but I have so much work to do...
- Well, don't worry about it, I'm going out for dinner with the guys so if you want you can work tonight.
- But I don't want to work tonight, I want to see you.
- Babe, you're so sweet! But you have to work.
- I work all day! Tonight I want to see you!
- OK, but since you told me you had a lot of work to do I already arranged it.
- I said I had lots of work, not that I wanted to work more! Put it another way, if you want to see your friends, that's fine. But don't leave it up to me. You don't like to make any decisions for yourself! What am I, some sort of policeman? Why can't you just say that you prefer to see your friends? Is that what I am to you, some sort of jailer that won't let you go out, is it? I'm like Prohibition? What am I?
- OK, we can talk about this at the weekend.
- But I want to talk about it now! I want to talk about it... wait, I've got another call. I'll call you afterwards. Indeed, a line was ringing next to Julia. She took a deep breath so she wouldn't sound agitated by her boss's call and took a cigarette from the pack which had been left on the desk:

- International.
- Daaarling! Julia grabbed a lighter and lit the cigarette.
- Lucho, how are you?
- I'm good. What's new?
- The elections in Brazil are going well. The Workers' Party is going to keep its majority.
- Oh, great!
- Yeah. In Bolivia, they have appointed a commission called "Conalcam", "National Coalition for Change", or something like that, and the Bolivian Workers' Union is with them.
- Hmm, that's a problem, because we removed them from the coordinating committee.
- Well, yes, but at the same time I don't know what's going on there, I don't know how long it's going to last
- OK, but call the BWU!
- OK.
- You haven't called yet?
- No.
- Why not?
- Because you've only just told me to call.
- No, that's not it, that's not it. That's not it, OK? Do you know what that is? Do you know what you call that thing you're doing?
- Yes.
- What's it called?
- "Losing the vote".
- Right, "losing the vote", and do you know whose head spins every time you lose the vote?
- Yours.
- Mine and the common man's. Do you want to lose the common man?
- No, Lucho.
- OK, but that's how it appears.
- OK, I'm going to tell you something else: one of the guys at the Juana Azurduy cooperative has been asked to go to the Self-Management Forum in Sao Paulo.
- OK, but how much time do we have to reply?
- I don't know.
- Ah, you didn't read the invitation. Great.
- No, because they didn't send it to us, they sent it direct to them.
- Yeah?
- Yes.
- Oh, that's just great. I mean, see how well everything runs. They invite the agencies separately. Never consult us, do they?
- Well, that's why I told you.
- I don't want you to bring me problems, I want you to solve them, Julia. I have a lot of big things on my plate, and if you can't deal with the things I can't, where does that leave us?
- I don't know.



- Losing the vote, honey.
 - OK, I'm going to say goodbye.
 - No, hang on. Now that they've bypassed us, we at least need to say something!
 - I have a report that I analyzed on where it's going to hit: it is broken down according to the type of product that is exported and the country it's exported to.
 - And how many places are affected?
 - I don't know.
 - And you didn't ask the Office of Statistics for the information.
 - There ARE no future statistics on that in any state organization, Lucho. It's separate work, they don't deal with it.
 - Did you ask for them?
 - Yes! And that's what they told me!
 - Can't you calculate them?
 - Yes, I know how to do it, but if I had to do all that, I would never get finished.
 - OK, let's continue losing the vote.
 - But it's not because I don't want to! I would happily do it, but there are people who do nothing but that, you know?
 - Ah, it's a question of money. Everyone has his price.
 - No, it's not about money! It's about TIME! I'm getting four hours' sleep a day! I CAN'T take on even more!
 - You need to deal with it and you're just creating more problems. I know that much. Do I have anything today?
 - Yes, you've to meet "el Pepe" Mujica.
 - Ah, OK, thanks for telling me.
 - But Lucho, I reminded you yesterday! YOU asked me to request the interview!
 - OK, OK. Bye.
- Julia switched off the computer and walked to the door of the office, where she turned out the light. She walked along a narrow corridor to a dark staircase that led to a terrace with a waterproofing membrane floor. She climbed the stairs quickly so she wouldn't get too tired. She opened the door and was met by a bright, sunny day. She lay down on the warm floor, balled her jacket into a pillow, and turned.

Sol Prieto



Nació en Buenos Aires en 1985. Es casi socióloga de la UBA. Un relato suyo fue publicado en la antología *Vagón fumador* en el 2008 y otro en la antología *Los días que vivimos en peligro* en el 2009. Sus poemas fueron publicados en *El interpretador* y otras publicaciones virtuales.

Born in Buenos Aires in 1985. She will shortly graduate from the University of Buenos Aires with a degree in sociology. One of her stories was published in the anthology *Vagón fumador* in 2008, and another in the anthology *Los días que vivimos en peligro* in 2009. Her poems have been published in *El interpretador* and other virtual publications.

EL 24 FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE MAR DEL PLATA

AGRADECE EL APOYO DE:



DRC | Directores Argentinos Cinematográficos

